

LA ÚLTIMA HISTORIA QUE CÓNTAR

Birho



LA ÚLTIMA HISTORIA QUE CONTAR



EDICIÓN SEPTIEMBRE 2021

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2021 HAIZEA LÓPEZ

*La locura es tonificante y vigorizante.
Hace al cuerdo más cuerdo.
Henry Miller*

*Para G. T.,
gracias por haber sido inspiración.*

TIEMPO ATRÁS

Janet intentaba conciliar el sueño en aquella cama improvisada que había armado en mitad del salón de la casa de su hermano. Faltaban pocas horas para el funeral de su cuñada y no había querido dejarle solo en aquel momento tan fatídico de su vida.

Jackson estaba destrozado. Podía verlo en la forma en la que se arrastraba por toda la casa, de habitación en habitación, sin mediar una sola palabra con ella. Parecía un alma en pena, un muerto viviente que erraba sin rumbo por el mundo. « Vete », le decía, « déjame en paz, quiero estar solo ». Esas eran las únicas palabras que repetía, en bucle, una detrás de otra.

Janet sentía lástima por él. Sabía que Ana había sido el gran amor de su vida y que, aunque ella hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de sobrevivir, él nunca se había rendido. Siempre creyó que al final la fuerza de su mujer ganaría la batalla contra la enfermedad.

Pero se equivocaba. La enfermedad había ganado, tal y como los médicos habían predicho que sucedería.

Toc, toc, toc...

Tres golpes firmes y secos la obligaron a abrir los ojos. Miró el reloj que colgaba sobre la repisa del salón y comprobó que eran las dos menos cuarto de la madrugada.

Toc, toc, toc...

Los golpes provenían de la cocina. Jackson debía de estar preparándose algo para comer, y eso era bueno. Muy bueno. ¿Cuánto llevaba su hermano sin alimentarse? Lo veía escuálido y pálido. Parecía un saco de huesos con una careta cadavérica en el rostro. Aquellas ojeras ennegrecidas delataban el sufrimiento que había padecido durante los últimos meses de su vida.

Toc, toc, toc...

Janet tuvo un mal presentimiento y se incorporó sobre el colchón. Encendió la lámpara de pie de la estancia y volvió a comprobar el reloj de la repisa. Sonrió al ver todos los libros que descansaban en la estantería y pensó en su cuñada. Había sido una gran lectora. Se fijó en uno en concreto. « Esperanza », de Paula Brown. *Esperanza*. Aquel sí que era un buen título.

Toc, toc, toc...

El mal presentimiento volvió a instaurarse en ella y, confusa, se incorporó y caminó por el oscuro pasillo. La luz de la cocina estaba encendida. La puerta abierta. Una escalofriante imagen se proyectaba en la sombra de la pared; su hermano estaba sentado y su silueta se perfilaba con detalle, pero había algo extraño en aquella sombra. En su pecho..., había algo que no encajaba. Janet sintió que se quedaba sin respiración y caminó un paso al frente para asomar la cabeza a través del umbral. Entonces, lo vio y lo comprendió todo. Los ojos se le empañaron de inmediato. Jackson estaba sentado en la silla, en mitad de la estancia, y un cuchillo atravesaba su pecho.

Toc, toc, toc...

Tenía la mirada perdida en la lejanía y estaba totalmente ido mientras que, con el puño de la mano derecha, golpeaba con fuerza aquel puñal que cada vez desgarraba más su carne, introduciéndose en su interior. Clavándose más hondo y más hondo en su esternón.

El grito ensordecedor de Janet inundó la casa.

La muerte seguía presente entre aquellas paredes.

1

Paula revisó su bandeja de correo electrónico por decimoquinta vez en aquella mañana. Los emails se iban aglomerando, uno detrás de otro, y ni siquiera se atrevía a abrirlos. Algunos pertenecían a su editora, otros, en cambio, provenían de sus más fieles y antiguos lectores.

Suspiró profundamente antes de cerrar la pantalla. En algún instante tendría que armarse del suficiente valor como para dar la cara, pero por el momento no se veía ni remotamente capaz.

Tic, tac. El tiempo jugaba en su contra. A pesar de que seguía en el top de ventas, las ganancias de su última novela cada vez iban descendiendo más y más. Abrió la página vacía del procesador de textos y se quedó mirándola con una sensación de desasosiego que iba *in crescendo* dentro de ella. En lugar de comenzar con las primeras palabras de una historia, optó por realizar esa maravillosa lista que su terapeuta le había recomendado y con la que pretendía solucionar el problema de su bloqueo mental.

Ella, la chica prodigio, estaba sin ideas. Su mente, que siempre era un bullicio constante de personajes, tramas y reflexiones, se había quedado vacía. En blanco. Cuando cerraba los ojos y pensaba en lo próximo que iba a escribir, no encontraba nada; solamente una neblina blanca que lo empañaba todo y que le hacía sentirse acabada. Intentaba decirse a sí misma que no lo estaba. Aun no había alcanzado la treintena y llevaba a sus espaldas una centena de exitosas novelas. Prometía ser una de las grandes, de las que marcaba historia y de las que, años después, todo el mundo hablaría. Quizás, en algún futuro, sus descendientes tropezarían con su nombre en los libros de literatura y en los textos de las enciclopedias. No podía saberlo a ciencia cierta, pero era lo suficientemente inteligente para saber que, si continuaba por ese camino, lo conseguiría.

Solamente necesitaba ser aplicada y mantener la constancia. Y por supuesto, volver a la normalidad.

Pero, ¿cómo espantaba la maldita neblina blanca que se había metido como un gusano en el interior de su cerebro? ¿Cómo retomaba su escritura y hacía desaparecer el pánico que sentía ante la maldita página en blanco?

Sí, era una chica lista, así que había hecho unos cálculos rápidos para imaginar qué sería de su vida en caso de que el contenido que almacenaba entre las paredes de su cráneo se hubiera quedado hecho puré e inservible. Si su cabeza seguía sin funcionar, entonces... Tendría que revender los derechos de sus historias y buscar un tiburón que pudiera ejercer de agente literario y explotar todo lo que tenía hasta que no quedase nada más de lo que tirar. Pensó que, llegado

ese momento de desesperación, tendría que vender su céntrico y luminoso ático londinense. Y también que, lo más probable y sensato, sería encontrar algún negocio rentable en el que invertir algo de dinero antes de que sus cuentas bancarias comenzaran a parpadear en rojo.

« No voy a quedarme sin ideas », se dijo, mirando la página vacía. Joder. Ni siquiera necesitaba escribir una historia, lo único que tenía que hacer era esa maldita y absurda lista que su terapeuta le había recomendado. Y ni eso fluía.

Una lista de actividades. Una lista que supusiera un cambio de rutina y que le obligase a abandonar su zona de confort.

Paula volvió a mirar la página en blanco y sonrió. Nunca había necesitado ningún cambio de rutina y, mucho menos, absurdas listas como aquella. Encontraba la inspiración en cosas banales y sencillas, como una conversación ajena en la mesa contigua de la cafetería en la que cada mañana desayunaba un croissant y un *nespresso*. Rara era la ocasión en la que terminaba una de sus historias sin que la siguiente ya asomara entre sus pensamientos, borboteando con cada vez más intensidad y proclamándose nueva protagonista de sus próximas semanas.

Pero nada. No había nada borboteando entre aquella maldita y espesa neblina blanca. Dejó la página en blanco. Ni siquiera se molestó en poner un « 1 » que enumerase el principio de la lista de actividades. En lugar de hacerlo, apagó la pantalla y se levantó de su escritorio. Aquel pequeño rincón de la casa era su santuario, donde realmente se sentía en paz consigo misma. O, en realidad, donde realmente se había sentido en paz hasta aquel instante.

Se dejó caer en el sofá y observó las manchas de humedad que habían comenzado a carcomer los techos blanquecinos de su ático. Pensó que debía llamar al seguro para solventar aquel problema cuanto antes, pero después se rio de lo patético que sonaba. Aquel era el menor de sus problemas. La menor de sus preocupaciones.

Escuchó la melodía de su teléfono sonar en algún rincón de su casa, pero no se molestó en buscarlo. Fuera quien fuese, no le interesaba. Nadie le interesaba. Admitir que se sentía a la deriva y sin rumbo era demasiado humillante como para expresarlo en voz alta, así que procuraba mantener lejos de su persona a cualquier persona que pudiera ser capaz de pronunciar la temida pregunta: « ¿en qué estás trabajando ahora? ».

Cerró los ojos y respiró profundamente. Sintió cómo los pulmones se le llenaban de aire y cómo su pecho ascendía ligeramente. Pero no se quedó satisfecha, seguía sintiéndose... mal, muy mal. Y ese sentimiento cada vez iba a peor.

Una vez más, volvió a pensar en el imbécil de su terapeuta. Sí, Paula pensaba que era un

auténtico idiota y que sus consejos no servirían para nada; pero estaba tan desesperada y dispuesta a cualquier cosa que había decidido probar suerte. Roger, se llamaba. Roger Hawkins. Debía de rondar los cincuenta y parecía un fracasado con corbata y cara de pocos amigos. De un simple vistazo, Paula adivinó que era un hombre divorciado que seguía llorando por su mujer. En todas las sesiones llevaba la corbata torcida, la camisa sin planchar y los cuellos manchados de café. Supuso que debía de estar pasándole una buena pensión a la susodicha por el descosido que mostraba en los pantalones roídos de traje que no renovaba a pesar de las caras tarifas que imponía a sus clientes. Tampoco había pasado por alto la alianza que seguía llevando en su mano. Pero todo eso solamente eran imaginaciones suyas. En realidad, no tenía ni idea de cómo era la vida conyugal del idiota de su terapeuta. Lo que sí que sabía era que, según Roger Hawkins, estaba sufriendo un bloqueo mental por aburrimiento. Y eso no podía ser cierto porque ella adoraba su vida, su rutina y, por supuesto, sus pequeños espacios de aburrimiento.

Seguía con los ojos cerrados y la neblina seguía flotando a su alrededor. Tenía que llamar a su editora para estirar los plazos de entrega lo máximo posible. Necesitaba ganar tiempo y que no le echasen atrás el siguiente adelanto de royalties que le correspondía... Intentó imaginar cómo se enfrentaría a esa conversación, pero no fue capaz. El sueño comenzó a envolverla lentamente despejando la nebulosa blanquecina que solía acaparar su cabeza cuando estaba despierta.

Últimamente estaba cansada, muy cansada. Cuanto menos hacía, más inactiva y cansada se sentía. Era como si ese maldito bloqueo mental también la estuviera paralizando físicamente, agotándola.

Paula sintió miedo. En ocasiones tenía la sensación de que estaba comenzando a desaparecer del mundo con lentitud. Poco a poco, muy despacio... Pero desapareciendo. Si no frenaba esa niebla, terminaría completamente perdida.

Entonces escuchó el sonido del tren. De la locomotora, más bien. La neblina se fue despejando poco a poco mientras el sonido de la fricción producido por la vía al paso de las ruedas iba cobrando volumen hasta convertirse en ensordecedor. Parpadeó varias veces, confusa, y se dio cuenta de que estaba en mitad de las vías, anclada. Quería moverse. Quería hacerse a un lado y quitarse del medio, pero no podía. Sentía que las leyes de la gravedad se habían modificado y que, de pronto, su cuerpo pesaba una tonelada. Intentaba levantar la planta de sus pies del suelo, pero no era capaz. No podía moverse.

Por fin atisbó la locomotora. Había doblado una curva y había aparecido en su campo de visión. El corazón se le aceleró al instante, pero la repentina parálisis que atrofiaba sus extremidades seguía sin permitirle apartarse a un lado. El humo de la chimenea cada vez estaba más cerca y Paula calculó que, en cuestión de segundos, aquella máquina de carbón y pistones terminaría

arrollándola y haciendo de sus huesos papilla de ferrocarril.

Cerró los ojos. El corazón le latía con tanta fuerza que podía escucharlo en el interior de sus oídos. Estaba a punto de morir.

Estaba a punto de desaparecer.

2

Apretó el maletín contra su pecho mientras esperaba pacientemente a la llegada del tren. Una pequeña maleta descansaba bajo sus pies, sobre el embaldosado naranja de la estación de ferrocarriles. Estaba a punto de coger el famoso y lujoso Bluebell Railway.

Observó a su alrededor y contempló a las personas que compartían andén con ella. Pensó que todos los presentes debían de tener una cosa en común: el romanticismo. Uno no se subía en una locomotora a vapor si no pretendía realizar un viaje en el tiempo. Si no pretendía, de alguna forma, volver a conectar con el pasado y vivir una experiencia diferente a las habituales.

Paula sonrió pensando en Roger Hawkins. Al final, su lista de actividades no había sido tan estúpida como ella había considerado en un principio. Aunque, en realidad, tampoco había realizado ninguna lista. Para que así hubiera sido, debía de contener al menos dos actividades posibles. Y ella se había quedado estancada en la primera. La locomotora. Aquel sueño había sido tan intenso y tan vivido que la chica mantenía la esperanzada de que significara algo más. De que fuera la clave de todo y de que supusiera su salvación.

Se rio de sí misma al imaginar aquel trayecto en tren como « su salvación » y después volvió a centrar su atención en las personas que tenía a su alrededor. Había una familia que tenía dos niños mellizos, un chico joven que debía de rozar la veintena, una mujer pelirroja que parecía melancólica y que apretaba un crucifijo entre sus manos y un misterioso hombre que debía de rondar los cuarenta y que, a Paula, se le antojaba diferente al resto. Tenía algo que llamaba su atención. Se quedó mirándole fijamente. Estaba delgado, pero se veía que se cuidaba. Imaginó que debía de practicar algún deporte de baja intensidad. Vestía un jersey de lana gris y unos vaqueros desgastados. En los pies, unas deportivas blancas. Sencillo y discreto, sin llamar la atención. Quizás eso fuera lo que más cautivó a Paula, que ni su físico, ni sus rasgos, ni su perdida mirada grisácea pudieran delatar sobre él demasiada información.

Se frotó las manos, expectante. Se subiría en aquel tren a plena luz del día dejando atrás el estruendoso bullicio de la ciudad para recorrer valles, acantilados, puentes y colinas antes de alcanzar las tierras altas escocesas y llegar a su destino en plena y silenciosa noche.

Esas pequeñas y absurdas cosas de la vida le resultaban fascinantes. Suponía que era lo que la hacía especial, diferente al resto. El mundo le parecía un lugar digno de análisis.

Escuchó el murmullo de la locomotora que se aproximaba al andén y cerró los ojos intentando

percibir la vibración de las vías con mayor intensidad. No quería perderse nada. No quería desaprovechar ninguna experiencia. Sintió que volvía a estar en aquel sueño y abrió sus párpados con la intención de despejar su desasosiego y volver a la realidad. Apretaba el maletín con fuerza contra su pecho mientras la locomotora se detenía frente a ella. Sonrió.

—Un viaje en el tiempo —murmuró, sintiéndose satisfecha consigo misma por haber tomado aquella decisión.

Sujetó su maletín de trabajo con una mano y, con la otra, alzó su maleta de viaje. Un hombre comenzó a agitar una campana y a gritar, como se hacía antaño, « ¡pasajeros al tren! » .

Paula liberó una risita nerviosa y echó a caminar por el andén para subir a bordo de uno de los vagones. Comprobó la enumeración de su billete y recorrió un lujoso y antiguo pasillo intentando encontrar su cabina. Abrió la puerta del compartimiento y se sorprendió al comprobar que estaba vacío. « Mejor » , pensó. Sería más sencillo concentrarse en lo que tenía que escribir.

Respiró hondo, colocó la maleta sobre su cabeza y tomó asiento en el banco que le correspondía mientras pegaba sus narices al cristal, formando frente a ella un círculo de vaho. Observó cómo, cada vez a mayor velocidad, la locomotora iba alejándose y dejando atrás el andén. Se quedó mirándolo hasta que terminó perdiéndolo de vista por completo y, después, centró su atención en el maletín que descansaba entre sus piernas.

Sacó una libreta y un bolígrafo. Todo el mundo solía preguntarle si trabajaba con borradores, y la respuesta siempre era negativa. Por lo general, su cabeza funcionaba tan rápido que no solía precisar de ellos. Como mucho anotaba un par de datos de cuestionable interés en alguna página en blanco por si tenía que volver a hacer uso de ellos en algún futuro.

—Perdona...

Paula levantó la vista y se topó de bruces con la mirada entristecida del hombre del andén, el de los ojos grises que pasaba desapercibido entre los presentes. Saludó con un gesto silencioso mientras se encogía sobre sí misma para hacerle hueco, aunque en realidad la cabina era lo suficientemente amplia. Había espacio de sobra, por supuesto.

—¿Qué tal? —preguntó, sentándose frente a ella.

Paula le repasó una vez más, aunque en aquella ocasión pudo hacerlo más de cerca. Era guapo. Tenía una de esas miradas intensas que te dejaban sin aliento. Su cabello había comenzado a teñirse de canas y a adquirir cierto tono a conjunto con su mirada, aunque todavía se podía percibir que en sus años más jóvenes había sido moreno. Tez blanca, complexión normal. Le pareció atractivo e interesante, mucho más que el típico prototipo de hombre que se machacaba

en el gimnasio. Ese prototipo que tan de moda estaba entre la juventud.

—Bien... ¿Y tú? —preguntó, sintiendo el peso de la libreta que descansaba sobre sus muslos.

El trayecto era largo, así que no tenía prisa. Se había puesto un único y sencillo objetivo: una temática.

Podía escribir algo romántico, pensó. Pero si algo odiaba Paula de un libro era que el lector supiera, antes siquiera de empezar, cuál sería el final de la novela. Y, por supuesto, en la mayoría de los libros románticos uno no se salía de la fórmula del éxito ni del final feliz. Pensó en que podía ser un amor en un tren, un romance de época en una locomotora a vapor. Algo estilo «Titanic», narrando de forma crítica la diferencia de las clases sociales de la época y las penurias con las que convivían los de la clase baja.

—También —respondió él.

Dibujó una sonrisa fugaz antes de desviar su atención hacia la lectura de su regazo. Era un libro azul, técnico. «Manual de criminalista», ponía en la portada. Parecía demasiado mayor como para ser un estudiante y demasiado joven como para ser un jubilado sin intereses y aburrido. Paula imaginó que podía tratarse de un policía de verdad.

—¿Policía? —inquirió, sin poder contener su curiosidad.

El hombre alzó la mirada de entre las páginas.

¿Cuántos años le sacaba? ¿Diez? ¿Quince? Quizás algo menos o quizás algo más. No podía saberlo a ciencia cierta, aunque tampoco le interesaba demasiado.

—Chica observadora —contestó con seriedad, aunque la sonrisa no tardó demasiado en aflorar entre sus labios—. Me llamo Sam.

Paula se incorporó hacia delante para estrecharle la mano.

—Paula —señaló, devolviéndole la sonrisa.

Sí, el viaje en tren había sido una brillante idea.

Pensó en su terapeuta; quizás, después de todo, lo había infravalorado. Podía ser que sus ideas no fueran tan patéticas como ella había considerado en un principio. Respiró profundamente mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Al menos no sentía la presencia de la neblina blanca que empañaba su mente. En realidad, sentía algo muy diferente.

—Un placer compartir el viaje contigo —añadió él, guiñándole un ojo.

¿Estaba tonteando con ella?

Seguramente, no. Pero hacía tanto tiempo que su mente no se concentraba en otra cosa que no

fuera la —no— escritura que, de un modo u otro, no podía evitar la fantasía.

—Lo mismo digo.

Abrió la libreta.

Quería dejar de mirarle y concentrarse en otra cosa. En realidad, quería concentrarse en lo que realmente debía concentrarse: escribir. Escribir y sacar adelante una maldita novela antes de que los plazos de la editorial la asfixiasen. Tic, tac. Antes de que su editora se diera cuenta de que estaba parada, en blanco. Tic, tac. Antes de que sus lectores se dieran cuenta de que había perdido la magia. Tic, tac.

—¿Un viaje de placer?

Volvió a levantar la vista de la libreta.

Se fijó, por primera vez, en sus manos. No había rastro de alianza ni parecía haberla llevado, aunque eso no significaba que no fuera un hombre de familia. La gente cada vez era menos tradicional.

—No exactamente —respondió la chica, encogiéndose de hombros—. Necesitaba inspiración para... mi próxima novela. Soy escritora.

Él la escrutó con detenimiento, frunciendo el ceño como si intentara adivinar quién era la persona que tenía delante. « Imposible », pensó Paula. Había cientos de escritores y el top ventas no solamente lo lideraban tres. Incluso aunque fuera un lector asiduo, era poco probable que la reconociera por su imagen.

—¿Has publicado antes?

Ella se ríe.

Le encantaba esa pregunta. Por supuesto, intentaba aparentar cierta humildad y no respondía que a su treintena ya había superado el centenar de novelas. Tampoco hablaba de los certámenes literarios que había ganado ni de los reconocimientos públicos que había obtenido durante su carrera. Simplemente asentía y limitaba su respuesta lo máximo posible, ya que los halagos innecesarios de desconocidos solían incomodarla.

—Algo sí —contestó, devolviéndole el gesto cómplice—. Pero no estoy pasando por una buena racha... Me he quedado bloqueada.

—Vaya... —murmuró él, afligido—. Lamento escuchar eso.

« Yo también », pensó, volviendo a desviar la mirada por la ventana.

Habían dejado atrás la ciudad y estaban atravesando un bosque. Pensó en su sueño y creyó que, a

lo mejor, debía de haberle comentado a su terapeuta que había fantaseado con que moría arrollada por un tren antes de subirse a uno. Tarde, por supuesto. A esas alturas de nada serviría.

Frunció el ceño y se masajeó las sienes. Hacía varios minutos que había observado unas lucecitas blancas flotando a su alrededor. No eran alucinaciones, por supuesto. Eran el aviso de lo que estaba por llegar. Aquello que anunciaba la migraña.

—Si me disculpas...

Se levantó del asiento y salió al pasillo. Sintió la mirada grisácea de Sam clavada en su espalda y se preguntó si estaría mirándole el trasero. Sonrió. Tenía que concentrarse en la maldita novela y aquel hombre terminaría siendo una distracción de verdad, de las malas. De esas que casi se convertían en una obsesión.

Recorrió el pasillo. Bajo sus pies había una elegante y antigua alfombra rojiza que estaba perfectamente cuidada y cepillada. Escuchó una discusión familiar en un compartimiento cercano a donde se encontraba, pero la ignoró y continuó caminando hacia el fondo. No iba a perder el tiempo con más distracciones. Tenía que concentrarse. Tenía que hacer funcionar esa maldita cabecita suya.

Se mojó la cara antes de volver a masajearse las sienes y la frente. El dolor se estaba instalando tan rápido que prácticamente no había tenido tiempo para prepararse.

Las migrañas eran el pan de cada día de su vida y estaba bastante habituada a ellas. Suponía que las horas de extrema concentración que pasaba observando una pantalla no ayudaban demasiado a que los síntomas de aquella enfermedad se mitigasen. Y si a aquel combinado se le sumaban sus escasas horas de sueño...

Respiró hondo.

Dolor y neblina blanca, un cóctel peligroso que amenazaba con que el trayecto en tren se transformase en una verdadera tortura. En un infierno.

Volvió a lavarse la cara, esa segunda vez con más esmero, y observó la imagen que le devolvía el espejo. Tenía el pelo suelto y la melena le llegaba por debajo de los hombros. Pelo castaño y liso. Su color y su estilo natural. Paula odiaba perder el tiempo dedicándoselo a su imagen, así que no solía invertir más de la cuenta en verse bien. Quizás, en alguna ocasión especial, se echaba algo de colorete o se pintaba los labios. Pero, si debía ser sincera, esas ocasiones se podían contar con los dedos de una mano.

—Tienes que hacerlo, Paula —se dijo a sí misma, insuflándole ánimos a la figura que le devolvía el espejo—. Espabila y hazlo. Escribe. Puedes hacerlo.

Se quedó mirando sus ojos marrones y se sintió como una auténtica chalada. ¿De verdad estaba hablando consigo misma? Cualquiera de sus conocidos no se sorprendería, porque que hablara en voz alta y sola no era algo extraño ni poco habitual. En muchas ocasiones recreaba conversaciones de los personajes de sus novelas en voz alta o se imaginaba escenas que no habían tenido lugar en su vida. Era común que paseara por la calle riéndose, sonriendo o, prácticamente, llorando. Y ese manifiesto de emociones poco solía tener que ver con su estado anímico real.

Pero en aquella ocasión estaba hablando consigo misma. Sí, estaba volviéndose una loca de manual.

—Joder, es lo único que sabes hacer... —se dijo—. Esto es lo que llevas haciendo toda tu vida, Paula. No puedes quedarte en blanco.

Tic, tac.

Los días, las semanas y los meses iban pasando y allí estaba ella, subida en un estúpido ferrocarril mientras se intentaba obligar a juntar tres palabras seguidas con éxito. A formar una frase o a escribir una maldita coma. ¡Una!

El dolor de cabeza se acentuó aún más y notó cómo una oleada de náuseas le sacudía el cuerpo. Se apoyó sobre el lavabo y cerró los ojos.

Genial, la migraña ya estaba allí.

3

Los trenes tienen algo mágico que los convierte en hipnóticos.

O los odias, o te encantan. Paula no había dedicado demasiados minutos de su existencia a pensar en ello, pero durante aquel inesperado trayecto en dirección a las tierras altas escocesas había recordado una maqueta de tren que su padre solía montar en el salón en época de Navidad. Le encantaba aquella maqueta. Recordaba pasar las horas muertas observando cómo el trenecito giraba y giraba sin parar, dando vueltas. Pasaba por debajo de un puente de madera que ella misma construyó con la ayuda de su madre y después ascendía por una plataforma de corcho antes de rodear el tronco de plástico del falso abeto que ponían en mitad del salón. Además, solían decorar el tablero sobre el que lo colocaban con musgo y hojas secas, dotándolo de un ambiente mucho más realista y mágico. Un ambiente navideño que, en su infancia, la había fascinado.

Sí, ella pertenecía al segundo grupo. A aquellos que adoraban los trenes. Los tenía en el olvido, pero le gustaban.

Caminó por el pasillo en dirección al bar mientras repasaba con la mirada las puertas correderas de color caoba. La mayoría de los pasajeros habían cerrado las entradas de sus cabinas en busca de cierta intimidad, aunque unos pocos mantenían las puertas entrecerradas. « Claustrofóbicos », pensó, buscándole una explicación. ¿Por qué razón se exponían ante la curiosa mirada de todos los paseantes que estiraban sus piernas pasillo arriba, pasillo abajo?

Se sentó en la barra, apoyó los codos y volvió a masajearse las sienes. No vomitar estaba suponiéndole un esfuerzo inmenso y no había traído con ella ninguna medicación. Ni para las náuseas, ni para la migraña.

—¿Te pongo algo?

Paula levantó la mirada e intentó sonreír al camarero, pero no lo consiguió. El gesto de dolor que expresaba era demasiado intenso como para camuflarlo detrás de cualquier otro.

—¿Una aspirina?

El camarero titubeó.

—No podemos dispensar fármacos...

—Ponme un gin-tonic —le cortó y continuó masajeándose las sienes.

Sabía que, en esos momentos de crisis, lo más efectivo era quedarse a oscuras en una habitación, concentrarse en su respiración y, como mucho, colocarse algo frío sobre la frente. Los masajes también ayudaban, pero solo un poco. Intentó mantener la mirada fija en la botella de Brookmans, pero la imagen se le distorsionaba. Sabía que beber no le convenía, porque las pocas veces que había probado a hacerlo el efecto del alcohol terminaba potenciando el dolor de la migraña. Pero en ese momento le importó poco. Igual, con un poco de suerte, el dolor se intensificaba tanto que le estallaba el cerebro en mil pedazos. Se imaginaba a su editora diciéndole a la prensa que era una auténtica pena porque era una chica muy joven y talentosa. Talentosa. Tic, tac. Había pasado el umbral de los treinta y a esa edad lo de joven dejaba de ser un adjetivo que la prensa empleara. Tic, tac. El tiempo en su contra y la mente cubierta de la maldita nebulosa blanca. Tic, tac...

—¿Te he espantado?

Paula levantó la vista y tropezó con el hombre de la mirada triste, el de los ojos grises.

—No, no soy fácil de espantar —respondió con cara de pocos amigos, sin fingir—. ¿Quieres tomar algo?

Él sopesó la respuesta varios segundos. Los suficientes como para que Paula volviera a sufrir otro agudo pinchazo en el lateral izquierdo de su cabeza. Las migrañas funcionaban así. A veces eran pinchazos y otras veces sentía cómo la masa de tejido nervioso que tenía ahí dentro se inflamaba cada vez más, apretándose contra el hueso del cráneo. Apretándose tanto que, en cualquier instante, terminaría buscando algún orificio por donde escapar.

—Estás sangrando por la nariz... —señaló Sam, su compañero de cabina.

Paula se llevó la mano a nariz y retiró el hilillo de sangre con desprecio.

—Migraña. Tengo una crisis —contó, resumiéndolo al máximo y sin querer entrar en detalles—. Siempre termino sangrando por la nariz... —añadió, riéndose—. Mi neurólogo dice que es normal, que son tensionales. Yo creo que cualquier día me estallará la cabeza.

La miró como si fuera un bicho raro diciendo una sarta de estupideces, aunque en el fondo no pudo evitar preocuparse por si aquella chica estaba en lo cierto.

—Pues no quiero muertes en este trayecto, así que ponme las cosas fáciles y aguanta con vida —señaló, guiñándole un ojo.

Ella sonrió.

« Me cae bien » , pensó, antes de coger la copa y de darle un sorbo. Se repitió a sí misma que el alcohol no le haría ningún bien, pero quería nublar aún más sus sentidos. Quería nublarlos por completo.

Sam, el policía, pidió otro gin-tonic y se sentó junto a ella. Se quedó mirando a la chica sin disimular demasiado mientras intentaba calarla. A Sam se le daba bastante bien desenmascarar a la gente y casi siempre acertaba con las primeras impresiones. Con aquella chica su instinto no funcionaba igual de bien. Era como si el radar se le hubiera atrofiado.

—¿Quieres que te acompañe a la cabina? —preguntó al verla tan mareada.

Paula negó rotundamente.

—Quiero beber hasta perder el conocimiento —respondió con seguridad, aunque él pensó que debía estar bromeando—. A ver si cuando me despierte me he reseteado.

—¿Reseteado?

—¿Cómo se resetea un cuerpo humano? —inquirió Paula, divagando.

El dolor de cabeza le hacía decir y pensar tonterías.

—¿Resetear un cuer...?

—Ojalá hubiera un botón de borrón y cuenta nueva, ¿sabes? —murmuró en voz baja antes de darle otro sorbo—. Un botón de apagado, como cuando se te bloquea el ordenador y no funciona. ¿Qué haces si se te queda la pantalla en blanco? Sacas la batería y lo vuelves a encender. ¿Qué haces si se te queda la mente en blanco? Nada. No puedes hacer nada.

Sam sonrió.

Pensó que, desde luego, aquella joven era una criatura interesante. Como poco.

—¿Beber? —propuso el policía.

Paula alzó la copa en alto para brindar.

—¡Beber!

Soltó una risita nerviosa mientras los dos cristales chocaban. Ambos bebieron. Ella más que él, por supuesto. Tenía pensado emborracharse pronto, vomitar y quedarse dormida. Seguramente se despertaría con un dolor aún más intenso, pero diferente y soportable. El de la migraña era una tortura.

—Y... ¿Puedes hablar de tus libros? ¿De lo que estás escribiendo ahora?

Ella frunció el ceño y le dio otro trago. Otro muy largo.

Desvió la mirada en dirección a los ventanales y se quedó observando cómo la vegetación iba pasando ante sus ojos a gran velocidad.

—En realidad, no estoy escribiendo nada —confesó—. No todavía.

Sam la repasó de nuevo, procurando captar algo de ella. Alguna pista sobre el tipo de persona que era, pero nada. Era como si estuviera ante un enigma total.

—Yo podría darte ideas —aseguró, medio en broma, medio en serio—. Los últimos veinte años en el cuerpo me han dado para ver y vivir de todo.

Ella abrió los ojos y se esforzó por reproducir la frase que el hombre de los ojos grisáceos acababa de decirle. Pestañeó, intentando enfocarle a pesar del dolor. Le había parecido atractivo de un simple vistazo, pero en aquel instante acababa de sumarse a la categoría de interesante. Y a Paula le encantaba la gente interesante, esa que era una inagotable fuente de historias y que tenía la capacidad para conversar eternamente. Si esa persona ya se expresaba bien, entonces sumaba todas las papeletas necesarias para convertirse en una de sus frecuentes compañías.

—Cuéntame algo que merezca la pena —propuso, guiñándole un ojo.

Enfocó toda su atención en Sam y, de pronto, le pareció mucho más joven que antes. Él arrugó la frente con diversión, pensativo, y comenzó.

—Hay de todo, desde historias escalofriantes hasta las más absurdas y estúpidas —contó—. De esas que parecen sacadas de una tira cómica. ¿Por cuál quieres que empiece?

Paula le dio otro sorbo a la copa. Aun sentía el dolor martilleándole la cabeza, pero de pronto había encontrado algo en lo que centrarse y mantenerse ocupada. Algo que la distraía.

—¿Empezamos por lo cómico y después pasamos a... lo escalofriante?

Noto que, al pronunciar aquella última palabra, arrastraba cada sílaba más de la cuenta de forma sensual y provocativa. Su acompañante había captado su interés por completo.

—Te podrías aburrir escuchándome, ¿sabes? —dijo, sonriente—. Me acuerdo de uno de mis primeros atracos, hará ya unos cuantos años. Las redes sociales se estaban poniendo de moda y un chaval sin dos dedos de frente atracó un supermercado a plena luz del día armado con cuchillo de carnicería que le había robado a su padre de casa. Llevaba careta, así que cuando llegamos la cajera no nos pudo dar demasiados datos sobre su aspecto físico.

Sam hizo una pausa para beber. Estaba intentando contener la risa antes de continuar con su historia.

—Quince minutos después nos llamaron desde la central para contarnos que el crío había compartido su botín en Facebook —explicó, muerto de risa—. Cuchillo y todo, citando al supermercado.

Paula lo miraba boquiabierta. No podía hablar en serio.

—Tienes que estar bromeando —murmuró, consternada por el grado de estupidez humana que mostraban ciertos individuos—. No puede ser verdad...

Él, incapaz de contener las carcajadas, asintió.

—Te juro que es real, no me estoy inventado nada —aseguró el policía—. Pero ese no es el peor de todos..., nos hemos encontrado de todo. En una ocasión una pareja de ancianos que volvía de un viaje de fin de semana nos llamó al encontrar la puerta de su casa forzada. Ni siquiera se atrevieron a entrar —dijo, también entre risitas—. Habían forzado la cerradura y el salón estaba revuelto. Faltaba el televisor, el DVD y algunos otros aparatos.

—¿DVD? —repitió, intentando ubicar en el tiempo aquella historia.

Debía de ser bastante antigua.

Sam se encogió de hombros y continuó con su relato.

—Entre otras cosas... Pero, en realidad, el ladrón no se lo había llevado aun —explicó—. Lo había apilado todo en el pasillo, junto con el dinero que había encontrado en el interior de la caja fuerte y las joyas de la anciana.

—¿Y por qué lo dejó en el pasillo?

Paula parecía confusa. Aquella historia no tenía ni pies ni cabeza.

¿Qué clase de ladrón se dejaba el botín en el pasillo de la casa atracada?

—Porque decidió que, antes de marcharse, quería echar una cabezadita rápida —soltó Sam, incapaz de contener las risotadas—. ¡Me lo encontré dormido en la cama matrimonial!

Ella no pudo evitar romper a reír pensando que, en efecto, aquellas historias se le antojaban la mar de surrealistas. Sin duda, la realidad solía ganarle el pulso a la ficción.

Se quedó mirando a Sam mientras ambos recuperaban la compostura. En ese instante, se dio cuenta de que la migraña había mitigado sus efectos y de que se encontraba bastante mejor de lo esperado. Se llevó la mano a la nariz y corroboró que había dejado de sangrar.

—¿Y tienes más historias de esas...? —quiso saber, curiosa.

Una vez más, arrastraba cada sílaba de forma provocativa y sensual. Entrecerró los ojos y se

mordió el labio inferior haciendo un esfuerzo por recordar la última vez que había compartido un encuentro sexual, pero no fue capaz. Las últimas semanas de su vida habían quedado eclipsadas por completo ante la imponente necesidad de rellenar la página en blanco para que su calidad de vida no se viera afectada como consecuencia de su crisis creativa, así que no había tenido tiempo para nada ni nadie más. Bueno, en realidad, sí. Para Roger Hawkins, su terapeuta.

Había sido el único hombre con el que se había citado.

—Un millón —se río—. Por cierto, ¿estás mejor?

Ella asintió y, de forma inconsciente, acortó la distancia que la separaba de Sam. Notó que le faltaba el aire mientras aproximaba sus labios a los de él. No tuvo miedo del rechazo, nunca lo tenía. Era lo suficientemente guapa para que los hombres, en general, se sintieran atraídos por ella; quizás por esa misma razón siempre optaba por tomar la iniciativa. Por eso y porque, en ámbitos generales, no era una chica paciente. Era impulsiva, directa y atrevida.

—Podría contarte muchas más... —murmuró Sam, nervioso por la proximidad de la joven—, pero...

Pero...

La frase se quedó en el aire en el preciso instante en el que la distancia desaparecía por completo. Le besó con suavidad y desconocimiento, pero poco a poco el apremio y la pasión fueron ganando terreno. Sentía un intenso cosquilleo instalándose en su bajo vientre y pidiéndole más. Mucho más. Un inmenso placer que se adueñaba de sus actos. Acarició su pierna con lentitud, ascendiendo. Pudo sentir cómo el chico se tensaba de forma instantánea ante aquel repentino contacto.

—El camarero nos está mirando... —murmuró él, apartándose con brusquedad.

Ella hizo lo mismo, echándose hacia atrás y reclinándose sobre su respaldo.

—Lo siento. No pretendía... —suspiró y optó por dejar la frase en el aire.

Su primer rechazo.

Quizás, en el fondo, ni era tan inteligente como se pensaba ni era tan guapa como creía. Tal vez estuviera casado o... Suspiró y decidió no darle más vueltas. Ya solucionaría su inactividad sexual cuando llegase a tierra firme.

—¿Nos vamos de aquí? —propuso él con una sonrisa traviesa, reavivando la agitación de la joven.

—Vámonos.

Se levantó del asiento, se acercó a la barra y le entregó un billete al camarero.

Sintió la presencia de Sam tras ella, así que se giró nerviosa. Le dedicaba una intensa mirada, provocativa y sensual. Una mirada que llegaba a su sonrisa y que la hacía vibrar.

Abrió las puertas correderas y echó a caminar por el pasillo con las piernas temblorosas. Cogió aire, relajándose, y aceleró el paso hasta llegar a su cabina. El policía entró tras ella y cerró la puerta tras de sí. Se quedaron de pie, mirándose. Esa era la parte favorita de Paula. El juego, la tentación, las ganas... Ese instante de deseo puro que flotaba en el aire. Solía gustarle más cuando la persona que tenía delante no era un desconocido, pero en aquella ocasión tenía que conformarse con su misterioso policía. Esperaba que, al menos, le permitiera disfrutar del momento un poco más; haciéndola sufrir. Tentándola. Desquiciándola. Obligándola a perder la cabeza por completo y empañándole la razón.

Los hombres que conseguían eso, la conquistaban por completo.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una mirada muy expresiva? —preguntó él, inquieto y tan nervioso como lo estaba ella.

En el fondo, Sam era todo fachada.

Paula negó de lado a lado con la cabeza y, con dilación, comenzó a desabrocharse uno a uno los botones de su blusa. Muy lenta y pausadamente. Era así como le gustaba; primero despacio, sentir el juego, sentir la tensión, crear la magia... y después estallar. Llegó al último botón, pero se detuvo.

Sam le tomó el relevo y lo desató mientras sus labios buscaban los de ella. Notó cómo el cuerpo del policía se rozaba contra sus caderas y pudo sentir la erección que tenía entre sus piernas. Ahogó un suspiro de placer y..., entonces, sin previo aviso, el tren pegó un frenazo. Intentó mantener el equilibrio, pero no fue capaz de conseguirlo y, en el último segundo, cayó de bruces sobre su acompañante.

—¿Estás bien? —preguntó Sam, haciéndose a un lado para sujetar a la chica entre sus brazos.

Paula se incorporó de la misma, riéndose por tu torpeza.

De fondo se escuchaba el murmullo caótico de todos los viajeros que se habían sobresaltado con el frenazo.

—¿Qué está pasando?

El policía se arrimó hasta el ventanal y contempló el exterior. Estaban en mitad de un puente, suspendidos sobre el vacío.

—El tren se ha parado —respondió con voz grave—. Algo ha debido de pasar.

4

Había empezado a llover.

Paula se entretenía observando la lluvia a través del cristal de la ventana mientras se preguntaba qué diablos estaría sucediendo en el exterior. Sam estaba tardando mucho en regresar y comenzaba a impacientarse.

Estuvo tentada de abandonar la cabina e ir a investigar por sí misma, pero en el último instante decidió no hacerlo. El barullo que se había armado en el pasillo ya era lo suficientemente intenso sin necesidad de añadir su presencia a la del resto de los viajeros que se aglomeraban cerca de la cabina del maquinista, esperando algún tipo de explicación.

Se pegó al cristal de la ventana con sensación de desasosiego y se apretó la chaquetita de lana alrededor de su cuerpo. El cristal proyectaba el reflejo de su rostro. Levantó la mano y acarició su propia mejilla con suavidad, preguntándose en qué momento habían transcurrido aquellos treinta años de su existencia. Ya no era una niña.

Escuchó el grito desgarrador de una mujer al otro lado de la puerta y se sobresaltó. Alguien lloraba y gritaba de forma desconsolada.

Paula abrió la puerta y asomó la cabeza. Había tanta gente por todas partes que no conseguía ver nada más allá del hombre barrigudo que tenía frente a sus narices. Le llegó la suplica del vigilante de seguridad exigiendo un poco de orden. « Volved a vuestros respectivos asientos y mantener la calma », pedía. La mujer seguía llorando.

La chica intentó dar un paso al frente, pero se quedó trabada en mitad del pasillo. Tanteó la mirada entre los presentes en busca de Sam, pero nada. Seguía sin haber rastro de él.

—¡Qué todos los pasajeros vuelvan a sentarse en sus respectivos asientos, por favor! —repetía, una y otra vez.

La verdad es que su tono no transmitía demasiada autoridad y su forma de hablar tampoco parecía lo suficientemente intimidatoria como para que los viajeros, nerviosos, le tomaran en serio.

—¿Paula?

Se giró sobre sí misma mientras sentía que alguien tiraba de su brazo. Dos minutos después, Sam había conseguido desplazarla hasta el interior del compartimiento de su cabina.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —preguntó sin ocultar su nerviosismo—. ¿Hay alguna avería?

El llanto angustioso de la mujer del pasillo había aumentado de decibelios y eso hacía que el histerismo general fuera en incremento. La ansiedad y el miedo eran dos sentimientos muy contagiosos.

—Tenemos que verificar que todos los pasajeros sigamos a bordo, solamente serán unos minutos —explicó con rapidez el policía—. Una hora, como mucho.

—¿Tenemos?

Sam asintió.

—El vigilante y yo. Soy el único policía que hay a bordo y...

—Pero, ¿qué es lo que está pasando? —interrumpió, sin dejarle continuar.

¿Por qué tenían que verificar que todos los pasajeros continuasen a bordo del tren? ¿Qué significaba eso? Paula le escrutó de hito a hito, procurando descifrar aquello que ocultaba.

—El maquinista cree haber visto un bulto cayendo al vacío, por el puente... —explicó Sam entre susurros, aunque ni siquiera él comprendía por qué le estaba dando tanta información a aquella joven—. Puede que solamente fuera algún objeto o, directamente, producto de su imaginación. Quién sabe. Pero no podemos continuar sin verificar que todos los pasajeros estén sanos y salvos.

Paula pestañeó varias veces y se esforzó por asimilar la información que su compañero de viaje le acababa de dar. ¿Estaban hablando de un... suicidio?

El llanto de la mujer se intensificó tanto que, a esas alturas, la chica no conseguía sacárselo de la cabeza ni pensar con claridad. « Alguien debería pedirle que se calme un poco », pensó. Pero no dijo nada. No quería parecer una desalmada.

—¿Qué hago? —preguntó ella, encogiéndose de hombros y sintiéndose una inútil.

Seguro que existía alguna forma de ayudar.

—Nada. Sentarte y... esperar —respondió Sam, frotándose las manos con nerviosismo—. Necesitamos despejar los pasillos y que la gente regrese a sus respectivos asientos. Si todo el mundo anda entre los vagones, será imposible contar el número de pasajeros de una forma fiable.

Paula obedeció de la misma y tomó asiento en su correspondiente lugar. Le dedicó una sonrisa de niña buena y obediente.

—Entonces cumpliré mi cometido y me mantendré quietecita.

Dos segundos más tarde, el policía cerraba las puertas caoba del compartimento y su voz se entremezclaba con la del vigilante. «Cada pasajero a su asiento », gritaba. Paula sonrió, pensando que, en efecto, su atractivo compañero de viaje sí parecía tener un poco más de carácter que el vigilante de seguridad.

Volvió la vista a la ventana.

Tampoco tenía mucho más que hacer y no se sentía inspirada como para probar suerte con la libreta y el bolígrafo. Podía sentir los restos de la migraña y no quería tentar a la suerte y que el dolor regresara de nuevo. No, prefería no arriesgarse y, simplemente, dejarse llevar.

En algún momento se sentiría lo suficientemente preparada como para comenzar una nueva historia, ¿no?

Intentó recordar sus primeras novelas y hacer un esfuerzo por rememorar los inicios de estas. Eran sencillos, seguro. Paula no solía complicarse de forma innecesaria porque era una de esas prácticas personas que pensaba que, casi siempre, menos solía significar más. Odiaba los inicios enrevesados con demasiada información y demasiados personajes. Tenía la certeza de que, ese tipo de comienzos, solían liar más de la cuenta al lector y provocaban que dejara la lectura antes siquiera de concederle una oportunidad real al libro que tenían entre sus manos.

Suspiró hondo. ¿Cuál era la mejor forma de comenzar, entonces?

—Érase una vez... —murmuró en voz baja antes de propinarle dos golpecitos al cristal con los nudillos.

El llanto de la chica se había extinguido y el barullo del pasillo parecía haber amainado. Imaginó que Sam debía de estar haciendo correctamente su trabajo y se preguntó si aquello lo convertía en un policía de servicio o solamente en un paisano dispuesto a ayudar en una situación complicada.

Propinó otros dos golpecitos al cristal. Se fijó en que no estaba demasiado limpio, lo que le pareció inaceptable teniendo en cuenta el desorbitado precio al que le habían vendido el billete. Después levantó la vista hacia el horizonte y distinguió los colores anaranjados con los que comenzaba a teñirse el cielo. Todavía eran tenues y discretos, pero comenzaban a anunciar que la oscuridad estaba próxima.

Abrió la libreta mientras se preguntaba a sí misma cuánto tiempo tendría que esperar y comenzó a escribir una frase sin sentido. Una frase descriptiva del paisaje que tenía frente a ella... Se suponía que era un ejercicio que, tiempo atrás, había practicado con algunos compañeros de letras para pasar el rato y mantenerse activa y entretenida. Dos segundos después, desistió.

Escribir que los árboles tenían las ramificaciones peladas y que las escasas hojas que contenían se habían tornado de un color amarronado no le serviría para que las ideas brotaran en el interior de su cabeza.

Terminó garabateando un jarrón con unos tulipanes. Nunca se le había dado especialmente bien el dibujo, pero tampoco era un arte que repudiara. En general, Paula solía defenderse en casi cualquier actividad, pero solamente era capaz de destacar en una: en la escritura.

Ese era su talento. Era su razón de ser. Era lo que la definía como persona. ¿Y qué quedaba de ella si perdía eso? La chica escritora dejaría de ser escritora y se convertiría, simplemente, en « la chica » .

Una más entre millones.

Los minutos comenzaron a dilatarse en el tiempo y el aburrimiento comenzó a hacer mella en ella. No titubeó al abrir la puerta y salir al pasillo, aunque no llegó a caminar ni dos pasos antes de encontrarse frente a frente con los dos hombres al servicio.

—¿No os hemos pedido que os quedéis en...?

—Déjalo, Steve, está conmigo —murmuró el policía, cortando la reprimenda que el vigilante estaba a punto de pronunciar.

Sam acertó distancias con la joven, la sujetó del brazo con confianza y le pidió que regresara a la cabina. Se introdujo con ella en el interior.

—Nos falta un pasajero —contó.

Le temblaba ligeramente la voz al decirlo.

—¿Cómo que « nos falta un pasajero » ? ¿Qué significa eso?

Sam levantó los brazos en alto y después los dejó caer en señal de rendición.

—Su mujer está sentada al fondo del vagón. Es la chica embarazada que no paraba de gritar.

—¿Embarazada? —repitió Paula, procesando la información que le estaba dando—. ¿Y pensáis que...?

Dejó la frase en el aire, sin terminarla.

Desvió la mirada hacia el ventanal. El cielo ya se había terminado de teñir de un naranja muy intenso y el anochecer amenazaba con cernirse sobre ellos. La oscuridad no era el mejor aliado para buscar a alguien en el exterior, aunque no pudo evitar pensar que, si en realidad aquel hombre había saltado al vacío, no quedaría demasiado que buscar. Estaban en mitad de un puente

y bajo ellos no había nada. Absolutamente nada. Si saltabas te encontrarías metros y más metros de caída libre antes de desnucarte contra las rocas de un acantilado. Se imaginó cayendo en picado, agitando sus brazos de forma nerviosa y rápida como si fuera un pájaro dispuesto a echar a volar. La velocidad de caída iría en aumento hasta que, al final, tras varios largos y espantosos segundos de angustia te darías cuenta de que puedes ver, sentir y oler tu propia muerte. De que ha llegado tu final.

—No pensamos nada —murmuró Sam en voz baja para que el vigilante, Steve, no pudiera escucharle—. Primero vamos a registrar bien el tren. Nuestra prioridad es encontrarlo a bordo.

—No está —dijo Paula, desmotivándole—. Está claro que no está en el tren.

Sam asintió con la cabeza.

Obviamente, estaba de acuerdo con la joven.

—Pero tenemos que intentar encontrarle antes de dar por hecho que el bulto que el maquinista a divisado cayendo al vacío era... él. Su cuerpo.

—¿Vais a volver a registrar el tren?

—Una vez más —explicó Sam.

—¿Y si no aparece? ¿Entonces?

—Si no aparece tendremos que trasladarnos a la estación de ferrocarriles más cercana, evacuar a todos los pasajeros y comenzar una investigación.

—Buscar el cuerpo —señaló ella, sin andarse con rodeos.

Sam suspiró profundamente antes de deslizar la mano por su cabello.

—Joder.... —murmuró, instantes antes de que el vigilante golpease la puerta para captar su atención.

—¿Seguimos con la batida? —preguntó el tal Steve sin atreverse a entrar.

Paula se quedó mirando al hombre que tenía a su lado muy fijamente y, por unos instantes, volvió a perderse en aquella mirada gris mientras intentaba descifrar el contenido de su cabeza. ¿Qué se le estaba pasando por la mente?

—Quédate aquí, ¿vale? A ver si aclaramos esto lo antes posible —pidió antes desaparecer al otro lado de las puertas correderas.

Escuchó la voz de los dos hombres alejándose pasillo arriba y esperó hasta que la conversación se extinguió antes de volver a sentarse en su asiento. Volvía a sentir la presencia de la migraña,

aunque aún era algo lejano y difuso.

Aquel viaje en ferrocarril no era, precisamente, lo que había imaginado que sería antes de subirse al tren. En aquellos instantes y casi con total probabilidad, un hombre se encontraba hecho añicos, aplastado contra las rocas mientras el oleaje peleaba por engullir su deformado e irreconocible cuerpo. Y ella, mientras tanto, pensaba en absurdesces y se imaginaba lo que hubiera sucedido en aquel trayecto si el maquinista nunca hubiera pegado aquel frenazo.

Él la hubiera besado y, por supuesto, ella hubiera correspondido el beso. Un posible suicidio resultaba interesante y tentador, pero le apetecía sentir el deseo y la pasión ardiendo dentro de ella. Necesitaba dejarse llevar... Cerró los ojos y se imaginó las manos de Sam recorriendo su cuerpo y ascendiendo muy lentamente hasta filtrarse por debajo de su camiseta. De forma inconsciente, introdujo la mano del mismo modo que se lo imaginaba haciéndolo a él y ascendió lentamente hasta llegar a sus pechos. Acarició su cuerpo por encima de la ropa interior, sin apartarla, y después descendió suavemente hasta la cinturilla de su pantalón. Cogió aire profundamente, relajándose. Estaba excitada. Hacía muchísimo que no se sentía tan excitada. Desató el botón de su pantalón e introdujo su mano en el interior. Podía imaginar las manos del guapo policía acariciándole la piel como si estuviera ahí, frente a ella. Podía percibir su olor, notar su presencia. Comenzó a tocarse. En algún instante, abrió los ojos con cierta preocupación por si a alguien se le ocurría entrar e importunarla, pero después decidió que poco le importaba si llegaba a suceder. Lo más probable es que, de ocurrir, la persona que la importunaría sería Sam. Y quizás su presencia no resultase tan inoportuna, a fin de cuentas.

Sintió que las extremidades le temblaban ligeramente mientras los jadeos de placer inundaban la cabina. Respiró más hondo, dejándose llevar. Imaginando sus caricias, sus besos. Imaginando cómo la tocaría, cómo la inundaría, cómo la embestiría. Imaginando lo placentero que debía de ser sentir su cuerpo apretándose contra el de ella; sudorosos, nerviosos y descubriéndose. Se mordió el labio, incapaz de reprimir los jadeos de placer justo antes de alcanzar el éxtasis. Y entonces, explotó. Ni siquiera le importó si la escuchaban porque, simplemente, se dejó llevar.

5

Sam regresó unos minutos más tarde. Tenía cara de pocos amigos y parecía disgustado. Además, el llanto de la embarazada había vuelto a reaparecer, impacientado a todos los pasajeros que ya llevaban allí parados, en mitad de un puente, más de una hora.

—Tenemos que trasladarnos a la estación más cercana —concluyó finalmente—. ¿Tienes cobertura en el teléfono móvil?

Paula se apresuró a sacar su teléfono y verificó que no, tampoco tenía ni una sola línea de cobertura.

—Parece que estamos en mitad de la nada —dijo, pegándose al cristal,

Y en realidad, así era. Estaban en mitad de la nada.

—La gente está empezando a ponerse nerviosa —señaló él, sentándose junto a ella unos instantes.

Sí, volvían al mismo punto de partida.

La viuda —porque lo mejor era que empezaran a verla como tal— no paraba de llorar y los viajeros se iban aglomerando por los pasillos en busca de alguien a quien solicitar explicaciones. Paula se quedó observando su libreta. La había dejado abandonada en el asiento delantero sin ninguna esperanza de conseguir trazar en ella más de dos palabras con sentido.

—¿Tienes que volver fuera? —inquirió la chica.

—El maquinista y el vigilante están valorando cómo proceder —explicó Sam—. Al final, este no es mi tren y yo no estoy de servicio. Poco puedo hacer...

Dejó la frase en el aire y se hundió todavía más en el asiento.

Paula le miró de reojo, nerviosa. Ni siquiera conseguía comprender por qué aquel desconocido que acababa de aparecer en su vida era capaz de crear algo tan intenso en ella. Ese deseo y esas ganas de más.

—¿Estás casado?

Él frunció el ceño, confuso, sin comprender a qué venía aquella pregunta.

—¿Perdona? —repitió.

Intentó aparentar seriedad, pero ella percibió como la sonrisa se filtraba en su rostro.

—¿Casado? ¿Soltero?

—Convivo en pareja —respondió con una sonrisa—. Pero no, no estoy casado.

Paula sopesó la respuesta intentando ser lo más práctica posible. No quería meter el pie en terrenos pantanosos, pero, si debía de ser sincera, cuanto más tiempo pasaba junto a él, más le costaba contener el deseo y las ansias de abalanzarse sobre su boca. Ella estaba soltera, así que en realidad no tenía por qué sentirse mal. ¿O sí? ¿En qué punto debía trazarse esa línea ética y moral?

—¿Estás casada?

Ella se ríe.

Ni lo estaba, ni pretendía estarlo en un futuro.

Pensaba que aquello del matrimonio no estaba hecho para ella. En realidad, ni siquiera consideraba la opción de que «convivir» con alguien fuera posible. Era demasiado extraña, demasiado suya y demasiado peculiar. Tenía la sensación de que podría hacer perder la cabeza a cualquiera con sus singularidades.

Se quedaron en silencio unos segundos. De fondo se escuchaba el jaleo que los viajeros armaban en el pasillo. El llanto de la embarazada se había mezclado con los gritos impacientes de los dos chiquillos que correteaban por todas partes como dos fieras sin control.

—Se está liando una buena... —señaló con una sonrisa inquieta—. ¿Crees que se ha suicidado o que lo han tirado?

Sabía que no debía tomarse a broma lo que estaba sucediendo, pero en realidad no podía evitarlo. Lo único que realmente era capaz de mermar su buen humor era la falta de inspiración que llevaba padeciendo las últimas semanas de su vida. Cogió aire.

—Que lo hayan tirado implicaría que, en estos instantes, hay un asesino a bordo del tren. Con nosotros.

—Puede que lo haya.

Se miraron fijamente. Ninguno de los dos pestañeaba.

—¿Crees que alguien ha lanzado al hombre al vacío y que ahora mismo tenemos a un asesino entre nosotros?

Paula se encogió de hombros.

—Tú eres el policía —respondió—. Tú dirás. ¿No crees que pueda ser una opción?

Sam lo meditó unos instantes antes de responder.

—Quizás. ¿Quieres que te cuente el caso más extraño que he visto jamás? —murmuró concentrando, hurgando en sus recuerdos.

Paula asintió y guardó silencio, expectante.

En el exterior ya había terminado de anochecer y los cristales habían comenzado a salpicarse de gotas de lluvia. En aquella época del año la lluvia solía ser muy común, así que estaba acostumbrada a la humedad del ambiente. Además, viajar en una locomotora con una tormenta de fondo le parecía de lo más romántico. Se quedó embelesada contemplando las gotas de lluvia que descendían lentamente.

—Han pasado ya unos quince años... —comenzó a contar él—. Empezaron a aparecer personas muertas que, aparentemente, no tenían ninguna relación entre sí. No había nada que las uniera. No tenían nada en común. Absolutamente nada. Ni edad, ni género, ni profesión... Fue muy extraño porque todas aparecieron muertas de la misma forma.

Desvió la mirada hacia Sam. Parecía totalmente inmerso en sus recuerdos.

—¿Cómo murieron?

—Envenenadas. Habían tomado un medicamento que previamente había sido mezclado con cianuro de potasio —explicó Sam—. Fue el único nexo en común que reveló la autopsia... Todas las muertes ocurrieron en el mismo año, sobre el noventa y siete. Y nunca llegamos a atrapar a ningún culpable.

—¿Compartían farmacia?

—Ni siquiera compartían condado.

Paula se quedó pensativa.

Se dijo a sí misma que aquella sí que podía ser una buena historia que contar y un buen argumento narrativo del que tirar. Hacía mucho que no leía ningún thriller policiaco, pero recordaba que las variables de los perfiles de los asesinos no eran demasiado complejos. Lo primero era establecer si el sujeto en cuestión tenía algún patrón. Si era metódico. En este caso la respuesta sería afirmativa porque, en efecto, siempre utilizaba la misma arma homicida. El veneno. Está claro que su asesino también era organizado y planeaba los asesinatos. Tenía que llegar a la medicación de sus víctimas para sustituir el contenido de las capsulas. Y eso requería de muchísima planificación previa al crimen. Y por último... si el asesino era pasional o no. En este caso, no. Según recordaba Paula, un asesino pasional ejercía una violencia desmesurada en

el acto del crimen. No era el caso de su psicópata. También necesitaba un desencadenante para que el sujeto se hubiera lanzado a cometer aquellos crímenes. Empezó a darle vueltas al asunto y se imaginó que, quizás, pudiera tratarse de un fracasado que intentaba hacer justicia asesinando a aquellas personas exitosas que, según su criterio, no merecían tener ningún tipo de reconocimiento. Podía ser una buena trama y podía tener gancho.

—Antes, cuando se ha parado el tren...

Paula levantó la mirada hacia el policía y le dedicó una sonrisa pícaro.

—Estaba a punto de besarte —confesó ella, sin miramientos.

A aquellas alturas, no quedaba nada por lo que avergonzarse. Sí, quizás el momento se había extinguido, pero la chispa podía volver a encenderse en cualquier instante. Él la miró fijamente y Paula se estremeció al sentir cómo la repasaba de hito a hito. La escritora tenía la firme convicción de que había pocas cosas tan sexys como una mirada provocativa. Una mirada capaz de desnudarte el alma, de hacerte vibrar. Y aquel policía, Sam, tenía eso. Tenía eso y mucho más.

Intentó contener sus impulsos y estarse quieta, pero al final terminó abalanzándose sobre él sin meditarlo demasiado. A veces la vida consistía en tomar decisiones fugaces, de no perder el tiempo pensando demasiado. En cualquier instante el vigilante de seguridad llamaría a la puerta de la cabina —o irrumpiría sin preguntar—. Se sentó a horcajadas sobre él y ni siquiera medió una sola palabra antes de quitarse la blusa a tirones. Él continuaba inmóvil, quieto. Aquel repentino ataque le había pillado desprevenido y todavía no conseguía reaccionar a los movimientos de la joven. Comenzó a mecerse suavemente sobre él mientras recorría su firme torso con las manos. Se notaba que la genética había sido amable con el policía y que, de forma natural, seguía en forma.

—No me has dicho cuántos años...

—Cállate —le interrumpió, estrellando sus labios contra los de él con ansia.

Sintió su lengua abriéndose paso y sus manos recorriéndole el trasero. Apretó ligeramente antes de rodear su cuerpo para desabrochar el botón de su pantalón. Paula colaboró con la tarea mientras, nerviosa, impaciente y excitada, intentaba deshacerse de toda la ropa que les sobraba a ambos. El tumulto del pasillo llegaba hasta sus oídos. La gente cada vez estaba más nerviosa y la desesperación que flotaba en el ambiente iba en aumento. Sam se levantó ligeramente para hacer bajar sus pantalones y ella aprovechó para agarrarse a sus hombros antes de apartar a un lado su ropa interior. Descendió lentamente, hundiéndole en su interior mientras contenía un grito de placer. A Paula le encantaba dejarse llevar y perder el control, así que la parte de estarse callada no lo llevaba demasiado bien. Pero era consciente de que en aquel instante era necesario. Que los

encontrasen así solamente serviría para armar un escándalo público.

Comenzó a mecerse suavemente, aunque poco a poco fue sintiendo cómo el placer se iba adueñando de su cuerpo y no pudo evitar acelerar el ritmo de sus movimientos. Miró al poli. Estaba tenso y se mordía el labio inferior. Paula imaginó que estaría reprimiendo la mayoría de las fantasías que se le cruzaban por la mente y que, en esos instantes, no podían llevar a cabo dada la limitación que ocasionaba el lugar. Alguien aporreó la puerta con impaciencia. Seguramente se trataba del tal Steve. Cerró los ojos y aceleró el ritmo mientras su respiración profunda y agitada se entremezclaba con la de él. Sentía sus manos apretándole la cintura, guiándola, pidiéndole más. Aceleró el ritmo. El maldito vigilante volvió a aporrear la puerta.

—¿Sam? Necesito hablar contigo.

«Que se marche », pensó.

Pero ambos sabían que eso no sucedería.

Las uñas del policía se clavaron en su piel y ella, excitada, cerró los ojos y se concentró en su propio placer. Sintió cómo sus músculos se tensaban. Necesitaba más, unos segundos más... hasta estallar.

—¿Sam? ¿Estás ahí?

Abrió los ojos y miró al policía. Sonreía.

Ambos sonreían.

—Ahora salgo —gruñó de malas maneras, esforzándose porque el tono de su voz no delatase la agitación que le revolvía—. Dame unos minutos.

Paula se apartó ligeramente, haciéndose a un lado para volver a vestirse mientras observaba a Sam a través del rabillo del ojo. El policía intentaba recuperar el ritmo habitual de su respiración mientras se recolocaba los pantalones.

Miró al exterior. La tormenta había empeorado y la lluvia golpeaba con violencia el cristal. Steve, el vigilante, aporreó de nuevo la puerta.

—Tenemos que poner en marcha el tren —insistió con nerviosismo—. ¡Necesitamos que vengas a la cabina de mandos!

Sam le lanzó una mirada de disculpa a la joven. Se veía claramente que no tenía ninguna gana de marcharse.

—Tengo que irme...

6

El amago de migraña, por suerte, había quedado en eso: en una leve amenaza que no había ido a peor. Paula se sentó en la barra del bar y pidió un Manhattan mientras, de fondo, se reproducía la poderosa voz de Brenda Lee cantando « Im Sorry ».

Ya llevaban dos horas detenidos en mitad del puente, así que de forma inconsciente había empezado a asemejar aquella vivencia con las increíbles aventuras de « Asesinato en el Orient Express » de Agatha Christie. La diferencia es que ellos no tenían a ningún muerto. O, mejor dicho, lo que no tenían era un cadáver, porque lo más probable es que el desaparecido estuviera siendo devorado por las múltiples especies del fondo marino. Lanzó una mirada hacia los ventanales. La tormenta cada vez era más intensa y los minutos transcurrían uno detrás de otro, sin pausa. Lo que implicaba que, casi con total probabilidad, nunca jamás encontrarían el cuerpo del suicida —si es que, en efecto, había sido un suicidio y no un asesinato—.

Paula pensó en aquello que solía escucharse en las películas de detectives: sin cuerpo no hay delito. ¿Cómo iban a probar que el susodicho no se había lanzado al vacío en plena consciencia de sus actos si el mar lo engullía? Imposible. Nunca se sabría la verdad.

Brenda Lee dejó de cantar para concederle el protagonismo a las notas que liberaba el piano de Ray Charles. Le dio un trago a su manhattan y volvió tener esa maravillosa sensación de estar retrocediendo en el tiempo. Cuando la joven escritora se paraba a pensar en su existencia no podía evitar suponer que, quizás en otra época, su estilo de vida y su personalidad hubieran encajado muchísimo mejor. Se imaginó viviendo el sueño de los sesenta. La mejor de las décadas, sin duda; la que marcó la independencia de la mujer en el primer mundo, liberó a las personas de color de la esclavitud, independizó África, lanzó al éxito a los Beatles, triunfó con los adorados Kennedy y plasmó las maravillosas historias de Betty Friedan. Los años veinte tampoco fueron malos, pero sin duda Paula se quedaba con los sesenta. Quizás por proximidad o porque, puestos a soñar, uno podía desear lo que le diera la real gana.

Ray Charles seguía al piano, aunque su copa ya estaba vacía. Pidió otro cóctel y observó su alrededor. La impaciencia y el terror que se había instaurado entre los pasajeros de la locomotora había desaparecido dando lugar a un profundo aburrimiento. Un par de mesas al fondo, una mujer que debía de rondar los cincuenta años rezaba con un crucifijo entre las manos. Paula no era religiosa, aunque solía esforzarse por aceptar de buen grado todas las creencias existentes sin demasiado éxito. Intentar, lo intentaba. Pero no podía evitar pensar que la humanidad del siglo

XXI seguía siendo absurdamente estúpida si rezaba a un falso dios a pesar de los avances científicos que existían. Ignoró a la mujer pelirroja y regresó su atención hacia el camarero. Estaba rellenando de vermú rojo mezclado con whiskey su copa vacía. La canción de Ray Charles desapareció, pero su piano continuó sonando con otra pieza diferente. Aquella última no la conocía, aunque eso no impedía que con un par de notas fuera capaz de reconocer el inconfundible estilo del artista. Le encantaba la música. Se esforzó por hacer memoria y recordó un par de biografías que había leído sobre Ray Charles. En realidad, a lo largo de sus treinta años había leído tantísimas biografías que le costaba no entremezclar la vida de las múltiples personas que habitaban y coexistían en su cabeza. De Charles recordaba poca cosa: había sido un heroinómano que se había quedado ciego sobre los siete años a causa de un glaucoma. Recordaba también una impactante escena en la que el artista, por entonces niño y ciego, se caía a un barreño de agua y terminaba a punto de perder la vida. Reproducir esa escena en su cabeza la había marcado para siempre, porque de alguna forma aquellos importunos le hacían comprender lo afortunada que era en ámbitos generales. La vida de un ciego no parecía, en absoluto, sencilla. También recordaba haber leído que se había casado unas cuantas veces. Le impactó conocer que escogía a sus mujeres tocándoles la muñeca, rodeándola con sus dedos. De esa forma sabía si eran delgadas o gordas, y con eso le bastaba. Tenía un sexto sentido para captar la belleza de la gente y poder observar, sin ver, el fondo de cada ser que se cruzaba.

Ray Charles se extinguió junto a su segundo cóctel. El bar había comenzado a llenarse y el ambiente que se respiraba era bastante turbio. La gente estaba taciturna, cansada, hastiada. Además, aunque desde allí no se escuchaba, la mujer embarazada de su vagón seguía arrastrándose como alma en pena por todos los vagones de la locomotora mientras llamaba a voces a Joseph, su marido. El muerto.

Echó un vistazo a su alrededor y, por supuesto, pidió otro cóctel. No tenía nada mejor que hacer que emborracharse hasta perder el conocimiento. Bueno, en realidad, sí. Tenía que escribir una maldita novela. Pero su mente seguía tan inmersa en la neblina blanca como antes de subirse a la locomotora. Sí, Sam le había dado un par de buenas ideas por las que tirar, pero ella seguía atascada. Seguía sin ver esos personajes principales, sin imaginarse esos escenarios tan importantes y sin divisar un hilo conductor potente por el que conducir la historia.

Le gustase o no, debía admitir que continuaba igual de atascada que los días previos a subirse al ferrocarril.

Respiró hondo.

Un rayo parpadeó en el exterior en el preciso instante en el que Paula volvía a ser consciente de que su parón literario seguía dilatándose de forma peligrosa en el tiempo. Se giró sobre su silla y

contempló su alrededor en busca de algo que prendiera la « chispa » en su cabeza. Esa chispa que solía significar el inicio de una nueva historia. Estaba la loca del crucifijo —uno no podía estar muy cuerdo si encomendaba a Dios toda su buena suerte—, la familia que tenía los dos críos y un guaperillas que ya había visto rondando por el vagón con anterioridad. Todos parecían absortos en sus propios asuntos. El matrimonio discutía con los niños, suplicándoles que se estuvieran quietos en el asiento mientras ellos intentaban degustar un café que, sin duda, a Paula le hubiera sabido demasiado amargo. No concebía la idea de tomarse un respiro rodeada de chillidos, juguetes y barullo. Se dejó una nota mental a sí misma con la imagen de aquella familia por si en algún futuro no muy lejano su reloj biológico se activaba exigiéndole retoños y obligándole a olvidar lo estresante que podía ser la maternidad. Después pidió otro cóctel. No tenía ninguna prisa y la noche parecía que iba a ser larga, muy larga.

—¿Qué bebes?

Se sobresaltó al escuchar su voz y pegó un respingo sobre su butaca. Se giró sobre sí misma y encontró a Sam allí, a su lado.

—Un manhattan. ¿Quieres uno?

Él sacudió la cabeza en señal de negación. Su gesto serio le advertía que, en aquel momento, estaba de servicio —o algo similar, al menos—.

—Nos vamos a mover ya... —explicó—. Estamos sin cobertura y la tormenta está dificultando el contacto por radio con la centralita más cercana.

—¿Y a dónde nos trasladamos?

—A la estación de ferrocarriles más cercana —murmuró en voz baja. Resultaba evidente que no quería que nadie más escuchara la conversación—. Evacuarán a los pasajeros y comenzarán a buscar al desaparecido.

« Al muerto », pensó Paula.

Si ese hombre se había lanzado —o lo habían lanzado, que también resultaba una opción interesante a tener en cuenta— entonces estaba muerto. Muy muerto.

Paula sacó su teléfono móvil y comprobó que continuase sin cobertura. En algunas áreas de la locomotora, si levantabas el brazo y te alejabas de todo el mundo, podías conseguir alguna señal.

—¿Cuándo nos ponemos en marcha?

Sam se encogió de hombros.

—Pronto. Van a volver a comprobar que Joseph sea el único pasajero que falta —explicó con

rapidez—. Y después nos trasladamos a las cocheras.

—¿No es una estación? Creí que habías dicho que nos movíamos a una estación de ferrocarriles...

—No es una estación como tal —respondió, observando a su alrededor con detenimiento—, pero nos hará el servicio.

Un trueno retumbó en el firmamento provocando un leve temblor en los ventanales de la locomotora.

—Deja que me tome otro cóctel antes de ponerte vociferar que regresemos a nuestras respectivas cabinas, por favor —suplicó, sin desistir en su claro objetivo de emborracharse.

Sam soltó una carcajada y, finalmente, decidió acompañar a la escritora con un *nespresso*. Aunque oficialmente no estuviera de servicio, su moral no le permitía consumir alcohol con las circunstancias que se cernían sobre ellos.

Joseph Moreu. Treinta y ocho años, casado con Danielle y esperando su primer hijo. Trabajaba en una empresa de desarrollo de inteligencias artificial. Un buen puesto y un buen salario. Según su mujer, se trasladaban a las Highlands de forma definitiva para que la madre del susodicho, que allí residía, pudiera ayudarlos con la crianza del pequeño. La esposa parecía estar destrozada y no conseguía entender por qué razón su marido hubiera querido asomarse a la intemperie. Eso, por supuesto, solamente sería una opción válida si se descartaba un suicidio o un asesinato. Pero Sam no lo tenía tan claro.

Se terminó el café de un trago y se levantó de la mesa.

—¿Me acompañas a echar un vistazo por los vagones?

—¿A echar un vistazo? —repitió ella, sin comprender qué era exactamente lo que su compañero de viaje tramaba.

—Y a buscar cobertura —simplificó.

Paula se bebió lo que le quedaba en la copa de un trago. Estaba mareada y notaba cómo la lengua se le trababa al hablar, pero la sensación de embriaguez que la envolvía resultaba agradable y reconfortante.

Se levantó de la butaca y caminó tras el policía. Justo antes de salir, escuchó como la mujer del crucifijo encomendaba a Dios la importante tarea de devolver a cada pasajero sano y salvo hasta su destino. Se rio internamente y abandonó la estancia tras el guapo de los ojos grises. Se repetía a sí misma que ni la imaginación de la fabulosa Agatha Christie estaba a la altura de la realidad

que tenían entre aquellos vagones, aun ni siquiera faltándoles el cadáver con el que proceder. Se rio internamente comparando a su Sam con el fabuloso, obsesivo y brillante Hércules Poirot. No sabía a ciencia cierta si la realidad superaba a la ficción, pero sonrió al pensar que ya tenía una anécdota más que relatar en sus historias —si es que algún día volvía a escribirlas—.

Abandonaron el vagón en el que se encontraban y salieron a la intemperie. Paula sintió cómo el aire frío le cortaba la piel mientras la lluvia golpeaba su rostro. La tormenta era intensa, muy intensa. Se acercó a la barandilla y, al hacerlo, sintió la mano de Sam reteniéndola junto a él.

—Cuidado, el suelo resbala —indicó.

Paula cogió aire, asintió y dio otro paso al frente. Se sujetó con fuerza al frío y resbaladizo metal y asomó su cabeza al vacío. No se veía nada, absolutamente nada. Y, aun así, se podía percibir el vertiginoso abismo que tenían bajo sus pies. Guardó silencio. La lluvia y los truenos eclipsaban el sonido del mar, aunque de vez en cuando se llegaba a percibir el rugido del violento oleaje. Se imaginó dando otro paso al frente, esquivando la barandilla y... lanzándose al vacío. A la nada. Sintió un escalofrío y se le aceleró el corazón. Evidentemente, no iba a hacerlo. No iba a saltar. Pero intentaba decidir si tendría las agallas suficientes para hacerlo o si, en el último momento, se echaría atrás. Se imaginó cayendo a la inmensidad del averno, agitando los brazos sin control mientras intentaba prever el momento en el que su cuerpo terminaría estallando y haciéndose mil añicos. ¿Perdería el conocimiento en plena caída o sería consciente de sí misma hasta el último instante? Y después, nada. Solamente quedaría la nada. Estaría muerta y no habría marcha atrás posible. Una decisión mal tomada y en una milésima de segundo apagarían su mente para la eternidad. Dejaría de respirar, el funcionamiento de sus órganos se detendría, la sangre dejaría de fluir por sus venas y cualquier tipo de actividad cerebral se extinguiría. ¿Cuánto tardaría en desaparecer su cuerpo si se despeñaba por aquel acantilado? ¿Cuánto tardaría la humedad, las larvas, los peces y sus propios microorganismos internos en devorar los tejidos de su destrozado, hinchado e irreconocible cadáver? Poco, seguramente.

—¿Crees que se suicidó?

Sam se encogió de hombros tras ella.

—No me queda claro, pero el maquinista dice que lo vio caer desde este lugar —explicó el policía—. La verdad es que no termino de entender para qué quiso salir al exterior, y esa falta de información hace que se complique la hipótesis de un accidente.

—¿Suicidio? —repitió Paula.

Ella tampoco creía que el hombre se hubiera lanzado al vacío de forma accidental.

—Tampoco encuentro ningún motivo aparente que explique el suicidio. Parecía feliz... Ya sabes, estaban esperando un bebé.

—¿Y eso es una buena noticia? —se ríó ella.

Sam también soltó una risita.

—Deberíamos volver al interior del ferrocarril —señaló en voz baja.

Paula asintió, pero no se movió un solo centímetro de donde estaba.

Sentía el agua resbalándole por la piel y calándole la ropa lentamente, el frío despertándola del aletargamiento que el alcohol había producido en su organismo y los truenos retumbando con fuerza sobre su cabeza, ofreciéndole un pequeño espectáculo que desde el interior de la locomotora no impresionaba del mismo modo.

—Va a ser uno de esos extraños casos que se quedarán sin resolver, ¿verdad? —inquirió—. Como el de las pastillas. Dentro de unos años te subirás a un tren, te encontrarás a una chica curiosa y le contarás que diez años atrás un hombre se lanzó al vacío mientras viajabas en una locomotora a vapor camino a las Highlands. Le dirás que fue un misterio, que nunca se llegó a saber si fue un suicidio o un accidente... Uno de esos casos que se quedan almacenados en el subconsciente porque tiene demasiados interrogantes y muy pocas respuestas.

El policía se encogió de hombros.

—Puede que sí. Aunque..., lo más probable es que recuerde este viaje por otros motivos que distan mucho de la desaparición de Joseph Moreu.

Paula sonrió con picardía mientras despejaba su rostro de las gotas de agua que resbalaban por su piel. Estaba empapada de pies a cabeza, pero no le importaba en absoluto. Era una sensación que, desde niña, le había resultado agradable. Mojarse bajo una tormenta resultaba placentero. Casi orgásmico.

—¿Y por qué vas a recordar este viaje en locomotora?

Él también sonreía con la misma picardía.

Resultaba curioso porque, en realidad, no se conocían de nada. Solamente eran dos desconocidos que habían coincidido en un tren y que, de forma irremediable, habían conectado. Paula tenía la firme creencia de que coincidir con otros seres humanos era algo habitual, pero conectar... Conectar era mágico. Solamente ocurría cuando alguien chocaba con otro ser humano en cuerpo y en mente. Cuando dos mundos desconocidos se fusionaban, encajando perfectamente. Ni siquiera era un concepto romántico. No, en absoluto. No tenía por qué serlo. Pero no podía evitar

preguntarse, ¿qué mediaba entre dos personas desconocidas que, sin haberse visto jamás, coincidían de forma casual, en el mismo lugar y en el mismo momento?

El ser humano era un ser social por naturaleza y Paula estaba convencida de que de forma inconsciente buscaba —ella y todos— la reciprocidad, esa aspirina para el estrés que suponía verse reflejado en otros ojos. Sam la había desarmado, había echado abajo sus barreras y por unos instantes la había permitido evadirse de la tensión emocional que le causaba su bloqueo literario.

—No lo sé... Puede que por los ojos avellanada de la desconocida que se sentó a mi lado —comenzó, justo antes de dar un paso al frente para acortar las distancias con Paula—, o por la forma que tenía de revolverse el pelo cuando se ponía nerviosa. Puede que recuerde cómo se frotaba las manos o cómo me miraba, mordiéndose el labio inferior como si intentara contenerse.

—¿Contenerse? —repitió ella, muy divertida.

—Contenerse —corroboró él—. O puede que simplemente recuerde este viaje por haberte besado bajo una tormenta en mitad de un acantilado, flotando sobre el vacío.

Paula sonrió y volvió a sentir la chispa.

Sí, la sentía. Con él era imposible no percibirla en cada instante, en cada momento.

Sam rozó sus labios con los de ella y... Paula simplemente se rindió. Cada vez que la tocaba, por superficial que resultase el roce, la excitación comenzaba a crecer en su interior de forma irremediable, haciéndola vibrar. Colocó las manos en la cintura del policía y lo atrajo hacia ella. Sus caderas se rozaron mientras ambas bocas volvían a encontrarse, esta vez con más pasión, con más proximidad.

—¿Entramos dentro? —preguntó él.

Ella negó lentamente con la cabeza sin dejar de sonreír y dio un paso hacia atrás. Sintió la barandilla en su espalda, reteniéndola en la plataforma de la locomotora. Por un instante, había llegado a olvidar que estaba flotando sobre un despeñadero. Sam la apretó contra él para separarla del borde del abismo. La sujetaba por la cintura mientras que, con la mano derecha, enredaba los dedos entre los mechones de su cabello mojado.

—¿Qué vamos a hacer cuando el tren llegue a la estación?

Ella volvió a reírse.

Solía ser una chica bastante seria, pero Sam conseguía sacarle ese gesto pícaro de forma constante.

—Me pedirás mi número de teléfono, me negaré a dártelo, me subiré a otro tren y desapareceré para siempre de tu vida —respondió con seguridad.

No tenía ninguna duda de que así sería el futuro.

—Te recuerdo que eres una escritora famosa —respondió el policía—. Solamente tengo que buscarte en internet para encontrarte. Y te recuerdo, de paso, que soy policía. Lo de buscar a la gente se me suele dar bastante bien.

Ella soltó una carcajada. « Chico listo », pensó.

—¿Y vas a buscarme?

Otro trueno ensordeció el ambiente. Sam se sobresaltó, pero Paula ni siquiera pareció inmutarse. Adoraba las tormentas, le encantaban. Verlas, sentir las, escucharlas...

—Me lo voy a pensar seriamente —contestó con seguridad—. Tienes algo, que...

Sí, ella también podía sentir ese « algo » en él.

—Deberíamos entrar dentro —sugirió de nuevo.

Hacía frío y había comenzado a temblar ligeramente. Ella asintió.

—Sí, entremos.

7

Paula se quedó mirando a la mujer que tenía frente a ella. Las ojeras de su rostro delataban que llevaba varias semanas sin dormir. Pensó que, seguramente, se debería a la incomodidad que debía de causarle la prominente barriga.

—¿De cuánto estás embarazada? —le preguntó con cierta cautela.

Sam había sentado a la viuda en esa cabina para que la escritora pudiera acompañarla y consolarla. Había estado a punto de quejarse, porque si de algo estaba convencida era de que como psicóloga no tenía demasiado futuro —ni siquiera Roger Hawkins, su terapeuta, le caía bien—, pero en el último instante había aceptado quedarse con ella. No comprendía por qué lo había hecho. Se imaginaba que, en el fondo, era una buena persona que sentía el afán de ayudar.

—De siete meses... Es una niña —murmuró, acariciándose la barriga con ternura.

Aun respiraba de forma agitada y se podía apreciar la congoja por la llorera.

—¿Tiene nombre?

Ella, Danielle, se quedó mirando muy fijamente a la escritora. Apretó los puños y, un instante después, rompió a llorar de forma desconsolada. « Genial », pensó Paula.

—Todavía no..., no lo habíamos decidido... Yo...

Empezó a hipar, temblorosa, a causa de la congoja.

La joven escritora se acercó y la estrechó entre sus brazos. No le gustaba abrazar a los desconocidos, pero pensó que aquella era una buena ocasión para mejorar sus cualidades afectivas. Notó el cuerpo de la mujer sacudiéndose entre sus brazos y no pudo evitar sentir lástima por ella.

—Todo saldrá bien —prometió.

Era una de esas falsas promesas que se hacían cuando se necesitaba sentir la esperanza. Superaría la muerte de su marido, tarde o temprano. De eso estaba segura. La vida seguía y uno debía mirar al frente siempre. Lo más triste de aquella historia era que, casi con certeza absoluta, el cadáver de Joseph Moreu jamás aparecería... Pensó en Roger Hawkins y se lo imaginó diciendo alguna de sus tonterías de libro, como que la falta de un cuerpo físico no ayudaba a cicatrizar heridas. Los terapeutas le caían mal, pero era consciente de que en ocasiones cumplían muy bien con su

función.

La puerta de su compartimiento se abrió de golpe y ambas mujeres, sobresaltadas, alzaron la mirada. Un desconocido que debía de medir, como mínimo, un metro noventa se alzaba sobre ellas con aire amenazante. Tenía gesto de pocos amigos y las miraba con tanta fijación que Paula no pudo evitar sentir cómo un escalofrío le recorría la columna vertebral, dejándole mal cuerpo.

—¿Quiere algo? —preguntó la escritora, armándose de valor.

El hombre, que continuaba repasándolas en silencio, negó con lentitud y de forma silenciosa.

—Me he equivocado...

Y sin decir nada más, se marchó.

Ambas se quedaron pensativas mientras asimilaban aquella mala sensación que se había instaurado en ellas. Había sido común.

—Qué persona tan extraña... —murmuró la embarazada, que al menos había dejado de llorar.

La escritora se separó de ella unos instantes y procuró dedicarle una sonrisa.

Después desvió la mirada hacia el ventanal. La borrasca continuaba en su cúspide, acompañada en aquellos instantes por una tormenta eléctrica que hacía titilar de forma constante el firmamento.

—¿Te apetece si damos un paseo? ¿Vamos a por agua?

Danielle asintió justo antes de secarse el rostro con el reverso de la manga y ambas salieron del compartimiento en dirección al bar.

Llevaban allí detenidos, en mitad del puente, más de dos horas. Prácticamente tres. Los pasajeros ya se habían resignado y ni siquiera armaban barullo o se quejaban por la tardanza, así que solamente se dedicaban a aguardar el instante en el que las ruedas de la locomotora comenzaran a deslizarse nuevamente por los raíles de las vías.

—¿Eres inglesa?

—Mitad española —explicó la escritora—. Paula Brown Pereda. Mi segundo apellido no suena muy inglés.

La embarazada se rió.

—Mi marido era francés.

« Era » .

Solamente llevaba unas horas desaparecido —en realidad, muerto—, y ella ya era capaz de hablar de él en pasado. Le resultó curioso y no lo pasó por alto porque recordaba con tristeza aquella época oscura en la que su madre falleció de cáncer. Había tenido muchos meses para asimilar lo que ocurriría en cualquier instante, pero, aun así, cuando la vida se apagó de sus ojos, no pudo evitar entrar en shock. Durante meses creía ver su silueta por casa. Se la imaginaba cansada y débil a causa de los fuertes tratamientos que había recibido, pero podía verla y sentirla como si fuera real. Su hiperactiva imaginación continuaba recreando aquella proyección de su madre constantemente. Cuando Paula le planteó a su terapeuta el hecho de poder estar perdiendo el juicio, Roger le respondió que solamente se trataba de un mecanismo de defensa que su mente estaba utilizando para protegerse del dolor. Tiempo después, Paula comprendió que la explicación era mucho más sencilla que todo eso: aún no había asimilado que ella no estaba. No había tenido la fuerza necesaria para afrontar que jamás volvería a escuchar su risa mientras cocinaba y que nunca más volvería a sentir aquellos cálidos brazos que siempre habían sido sinónimo de paz y hogar. De bienestar.

Caminaron hasta el bar y se sentaron en la barra. A aquellas alturas del trayecto, el camarero ya la conocía perfectamente. Erick se llamaba. Un chico guapo de ojos azules al que no le destacaba ningún atributo en concreto, pero que en general no estaba nada mal. Le dedicó una sonrisa amable y le pidió dos botellines de agua fría. Él frunció el ceño, extrañado, y Paula fingió una sonrisa coqueta que la dotaba de cierto aire ingenuo y encantador.

—¿Habrán repasado ya la lista de pasajeros? Necesito descansar...

La joven se encogió de hombros antes de dejar caer la mano sobre el hombro de Danielle a modo de apoyo.

Unos instantes más tarde, Steve y Sam aparecían en escena con cara de pocos amigos. Ambos parecían agotados, aunque el arrogante vigilante de seguridad parecía estar encantado de haberse convertido en el centro de atención. Paula se imaginó que, a diferencia de Sam, este no tendría demasiadas ocasiones de ser el protagonista.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Paula de forma impaciente.

Empezaba a hastiarse.

—Nos marchamos a las cocheras más cercanas —contó el vigilante.

Y como si el maquinista le hubiera escuchado, la locomotora pegó un tirón que hizo a los pasajeros tambalearse y perder ligeramente el equilibrio. Después se volvió a detener.

—Menos mal que ya arrancamos... —murmuró la escritora, mirando directamente a Sam—.

Esta pobre mujer necesita descansar.

Danielle —también apodada como la viuda o la embarazada— asintió con la cabeza mientras se secaba una lágrima inexistente del rabillo del ojo derecho.

« Estimados viajeros... », la voz del maquinista comenzó a resonar a través de los altavoces generales, « ..., los últimos y lamentables acontecimientos nos obligan a retomar la puesta en marcha en dirección a la estación de cocheras más cercana. Siento tener que informarles de que la locomotora, esta vez, no alcanzará su destino final. Le rogamos que... »

Paula dejó de escuchar y se percató en la reacción general de los presentes. Todos parecían agitados y nerviosos; y no era para menos. Muchos habían mantenido la esperanza de que, en unas horas, se encontrarían comiendo haggis en tierras altas. Pero la realidad era que, en su lugar, tendría que dedicarse a buscar otro medio de transporte con el que alcanzar su destino final.

—Deberíamos tomar asiento y relajarnos hasta que la locomotora se ponga en marcha —propuso Sam, y aunque se dirigía a todos de manera general, solamente miraba a la joven escritora.

—Deberíamos...

Estaba a punto de levantarse del taburete con su botellín de agua en la mano cuando, de pronto, el pánico se instauró en el ambiente y todo el mundo comenzó a gritar. Ni siquiera le dio tiempo a entender qué era lo que había sucedido. Fue demasiado rápido. Escuchó los gritos y sintió el caos. Alguien, uno de los pasajeros, se había abalanzado sobre el vigilante de seguridad y lo había derribado al suelo para poder quitarle el arma. Después se había incorporado y había encañonado a Sam con ella. La embarazada, Danielle, no paraba de gritar mientras la mujer pelirroja del crucifijo le encomendaba a Dios la protección de las almas allí presentes. Paula intentó ordenar sus pensamientos y no perder los nervios, así que se quedó en silencio mientras procesaba lo que estaba sucediendo.

—¡Este tren no va a ir a ninguna parte!

Miró a los ojos al agresor y se sorprendió al reconocerle de un primer vistazo. Era él. El tipo intimidante que había irrumpido en la cabina minutos atrás mientras consolaba a Danielle. Paula sintió que le faltaba el aire y los nervios comenzaron a apoderarse de su organismo. Quería mantener la calma, pero las extremidades le temblaban ligeramente y no conseguía llenar sus pulmones de oxígeno. Había empezado a hiperventilar.

Observó a Sam; parecía estar en calma, pero evidentemente, no lo estaba. Tenía una pistola apuntándole a la sien. Si el agresor apretaba el gatillo y disparaba a quemarropa, toda la masa de tejido nervioso que el policía almacenaba en su cavidad del cráneo terminaría esparcida por la

barra del bar. Paula desvió la mirada hacia la mesa del fondo. El matrimonio en el que anteriormente se había fijado se había escondido bajo la mesa, protegiendo a sus retoños tras ellos. Danielle temblaba de pies a cabeza y, Steve, el vigilante, seguía tirado en el suelo. Paula necesitó fijarse detenidamente en él para comprender que su agresor debía de haberle golpeado con la culata de la pistola en la cabeza, ya que un pequeño hilo de sangre abandonaba su cabello para fundirse con el color escarlata de la aterciopelada alfombra.

—El tren no va a ir a ninguna parte —repitió muy serio, mirando directamente al policía—, y tú te vas a encargar de que así sea.

Estaba paralizada. Petrificada.

Sabía que la reacción más normal en una situación tan alta de estrés hubiera sido la de cualquiera de los presentes: esconderse, gritar, huir. Pero ella no era así. No funcionaba de un modo comprensible.

Estaba a unos pocos pasos del agresor y de Sam. Si estiraba el brazo, podía incluso llegar a tocarles. Pensó que, quizás, podía utilizar la misma táctica que el chiflado del arma y abalanzarse sobre él para intentar derribarle. La diferencia era que aquel hombre le sacaba dos cabezas de altura y, casi con total seguridad, le doblaba en peso. No tenía nada que hacer y un intento fallido de heroísmo podía terminar con inocentes heridos.

—El tren no va a moverse —repitió con amargura y seriedad.

Su tono de voz cada vez sonaba más desquiciado.

—¡El tren no va a moverse! —gritó, nuevamente, justo antes de propinarse a sí mismo dos golpecitos con los nudillos en su frente.

Aquel tipo estaba totalmente perturbado. Y Paula no necesitaba que Roger Hawkins se lo dijera para darse cuenta de ello. La música del bar cesó y los pasajeros, nerviosos, dejaron de gritar y guardaron silencio, expectantes. Entonces lo sintió. Notó cómo la agarraba del brazo y tiraba de ella, apartándola del resto. Su corazón era un tambor. Podía notar los latidos estallándole en la cabeza. Intentó contener el desasosiego, pero no pudo evitar echarse a llorar. Paula estaba muerta de miedo. Jamás hasta la fecha había sentido tanto pavor.

—Si el tren arranca, ella muere —murmuró el tipo, y aunque parecía decirlo con calma, su voz estaba timbrada de nervios—. Si alguien intenta algo, ella muere. Si la policía entra en este vagón, ella muere. ¿Lo entendéis?

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...

Todos volvieron la mirada hacia ella. Hacia la mujer del crucifijo. Parecía totalmente ida y ajena a la realidad. Estaba sentada de forma recta y perfecta con la mirada clavada en la pared de enfrente. De vez en cuando alzaba la vista al techo, como si allí se encontrase su venerado Dios y se estuviera dirigiendo a él, pero después volvía a adoptar la misma pose anterior y continuaba rezando.

—Si ella no se calla, muere —advirtió, apretando el arma contra Paula. Solamente contra la joven, ignorando al resto.

Notaba el frío cañón sobre su cuero cabelludo y las manos, grandes, firmes y sudorosas, oprimiéndole el brazo y retorciéndole la piel. Apretó la mandíbula y se enjugó el llanto. No iba a morir. No podía morir porque aún le quedaba mucho que hacer; todavía le quedaba cantidad de novelas por escribir y..., tenía que vivir. Treinta años no habían sido suficientes.

Por primera en su vida, tuvo la sensación de que se había pasado los últimos diez años encerrada en una caja de zapatos con un teclado sobre sus piernas y un libro frente a los ojos. Tuvo la sensación de que, a pesar de haber viajado a muchos países y haber conocido a muchas personas a través de sus historias y de las de otros, en el fondo no se había subido a los suficientes aviones. Todavía le quedaba mucho y no podía morir porque a un psicótico desquiciado se le cruzaran los cables. Respiró profundamente, calmándose mientras, en una milésima de segundo, se le pasaban mil pensamientos por la cabeza. En aquel instante la neblina blanca había desaparecido y, en su interior, había mucho ruido. Muchísimo.

—¿Por qué no nos calmamos un poco y hablamos? —propuso Sam con cautela, utilizando un tono de voz amistoso y relajado—. ¿Cómo te llamas?

El agresor sacudió la cabeza en señal de negación.

No parecía querer charlar con un café. Pero, ¿qué diablos quería? ¿Qué el tren se quedase encasillado en aquel viejo puente y sobre el acantilado de por vida?

—¿Tú...? ¿Tú has matado a mi marido? —murmuró Danielle, confusa, llorosa—. ¿Has sido tú quien le ha arrebatado a su padre? —añadió, acariciándose la barriga de forma protectora.

Sam dio dos pasos atrás para reunirse con ella y, entre susurros, le pidió que se calmara. Enfurecerle más no iba a servir para que la situación mejorara, más bien lo contrario.

Paula cerró los ojos para reconectar consigo misma.

—¡Oh, clementísima! ¡Oh, piadosa! ¡Oh, dulce Virgen María! —gritó la mujer del crucifijo—. Ruega por nosotros santa Madre de Dios...

—¡Qué se calle la loca! —gritó el secuestrador con los ojos inyectados en sangre mientras

agitaba el arma en el aire, sin control—. ¡Qué se calle ahora mismo o me lío a tiros con todos!

La mujer, dándose por aludida, guardó silencio. Aunque ni siquiera se molestó en girar la vista hacia ellos. Parecía ajena a la escena, como si nada de lo que estuviera sucediendo en aquel vagón tuviera relación con ella. Como si fuera inmune a las balas y no tuviese miedo de recibir un disparo. Paula sopesó ese último pensamiento. Quizás se sentía a salvo suplicándole protección a su querido Dios. En ocasiones, o, mejor dicho, casi siempre, la ignorancia podía acarrear paz mental y falsa felicidad.

—¿Cómo te llamas, amigo?

El agresor volvió a centrar su atención en Sam.

—No soy tu amigo —respondió secamente—, así que no vuelvas a llamarme así.

« Si coges aire, ella muere », pensó la chica, riéndose de su propia mala suerte ¿Por qué todos los chiflados del planeta se fijaban en ella? Su vida, en aquel instante, dependía de las actuaciones del resto de las personas que estaban allí. Y si debía de ser sincera, no tenía demasiada fe en la humanidad. Sus compañeros de especie le parecían, casi siempre, absurdos.

—¿Me puedes decir tu nombre para saber cómo dirigirme a ti?

El agresor se estiró con un gesto de dolor justo antes de volver a golpearse la frente, esta vez con la culata de la pistola.

—¡Cállate! ¡Cállate!

Paula se quedó mirándole con fijación. Escrutándole.

Fruncía el ceño de forma dolorosa mientras repetía en bucle aquel gesto. Estaba escuchando voces en su cabeza... Lo sabía porque, en ocasiones, ella también las escuchaba. Oía a todos los personajes de sus historias conversando de forma simultánea y conocía de primera mano lo incómodo que podía ser. A veces las migrañas provenían de ahí. Por supuesto, había omitido compartir ese dato con su terapeuta porque intuía que el amable Mr Hawkins la hubiera derivado a un psiquiátrica *ipso facto* para que fuera empastillada. Así que no tenía ninguna duda: aquel hombre estaba escuchando voces en su cabeza.

—Amigo... ¿Cómo te llamas? —insistió Sam—, ¿por qué no nos tranquilizamos todos y charlamos tranquilamente?

Él psicótico —por llamarlo de alguna forma—, abrió los ojos. Seguía manteniendo a Paula agarrada del brazo, oprimiéndoselo con tanta fuerza que a esas alturas ya ni siquiera sentía dolor. Dudaba mucho que la sangre consiguiera circular hasta los dedos de su mano derecha, así que

intuía que en cualquier instante la gangrena comenzaría a extenderse. Sí, era exagerada por naturaleza.

—No quiero hablar contigo....

Danielle lloraba de forma desconsolada, agazapada junto a Sam. Paula se fijó en que la familia con los dos pequeños que se había refugiado bajo la semana pasaba bastante desapercibida, al igual que el tipo guaperillas que había al fondo, en una de las mesas más lejanas. Al camarero y a la loca del crucifijo no llegaba a verlos y, el vigilante, Steve, aún yacía en el suelo.

El agresor solamente estaba centrado en ellos, en nadie más.

—¿Y qué es lo que quieres?

Liberó el brazo de Paula para sujetarla del pelo. Paula sintió el tirón y se incorporó de inmediato, intentando aliviar el dolor. La arrastró unos metros hacia atrás. Parecía totalmente ido y capaz de cualquier cosa, lo que provocó que su temor aumentase. Empezaba a tener serias dudas sobre si saldría de aquella escena por sus propios medios.

—Quiero que alguien salga a buscar el ordenador de la chica —exigió en voz alta, casi con un grito—, y que traigáis al maquinista aquí. Ahora mismo.

Sam abandonó a Danielle y se levantó, inquieto.

—¿El ordenador de la chica?

Incluso Paula necesitó unos segundos de más para procesar esa información. ¿Para qué diablos quería su ordenador? ¿Y cómo sabía aquel colgado que tenía un ordenador a bordo? ¿De qué la conocía? Alzó la vista hacia su rostro y lo analizó con detenimiento. Ojos claros, profundos y pequeños. Parecía mayor, seguramente mucho más mayor de lo que en realidad era. Le calculó cincuenta y cinco, pero perfectamente podía tener diez menos y estar mal conservado. Algo le decía que, aunque estaba totalmente grillado —Roger Hawkins hubiera confirmado aquel pensamiento de haberse encontrado presente—, era un tipo inteligente. Intentó ubicarlo en sus recuerdos, pero no lo consiguió. Si algo tenía Paula era una memoria privilegiada, y por mucho que se esforzase, no conseguía recordar de qué conocía a aquella persona. Dedujo que no se conocían, pero seguía sin entender por qué sabía que tenía un portátil en la cabina. Quizás se lo hubiera visto. Podía ser.

—Quiero al maquinista aquí —gruñó de malas formas—. Y que alguien traiga su ordenador ahora mismo. ¡Ahora mismo!

—Voy ahora mismo... Pero, ¿para qué quieres al maquinista aquí? ¿No somos suficientes las...?

—¡Quiero al maquinista aquí!

Paula sintió cómo el cañón de la pistola se apretaba con más fuerza contra su sien. Dolía. El gesto era tan violento, tan agudo... No sabía si Sam se había percatado de ello, pero intuía que aquel tipo no se andaría con demasiadas tonterías antes de apretar el gatillo. Rezó porque su sensual policía fuera algo más que sexy y tuviera la suficiente inteligencia como para sacarla de aquel berenjenal. Para sacarlos a todos. Con un muerto flotando en el mar abierto era más que suficiente.

—Iré a buscarlo ahora mismo...

El psicótico, cuyo nombre seguía siendo un auténtico misterio, comenzó a reírse de forma estrepitosa, gritando. O hablaba muy despacio y en voz muy bajita, o gritaba sin control. No tenía término medio.

—Tú no vas a ninguna parte —murmuró, esta vez en bajo, justo antes de volver a golpearse la frente—. No, no, no... Él no va a ninguna parte... No va a ninguna parte.

Estaba totalmente ido y, sí. Daba miedo. Mucho miedo.

Paula nunca antes había visto a ningún demente tan de cerca.

—¿Por qué no, amigo? Solamente voy a coger el ordenador de la chica y...

—¡Jackson! ¡Jackson! —gritó—. ¡Y tú no vas a ninguna parte!

—Jackson, está bien... —repitió Sam, interiorizando su nombre—. Vamos a relajarnos.

Paula sintió que las extremidades le temblaban. Intentó zafarse de las garras de su agresor, pero la tenía tan bien sujeta que lo único que consiguió fue que él apretase con más fuerza y el dolor que sentía se intensificara.

El guaperillas del fondo, el que había pasado desapercibido hasta el instante, se levantó de la mesa y caminó un par de pasos al frente. « Genial, ya tenemos un héroe », pensó Paula. Sí, era guapo de remate. Pero tenía cara de imbécil y no parecía saber sumar dos más dos. La belleza no le serviría para sacarles de aquel apuro.

—Iré yo a por el ordenador y a buscar al maquinista —propuso, caminando otro par de pasos mientras se mostraba voluntario.

—Tienes cinco minutos o la mato —sentenció, señalando a la joven escritora.

Paula intuyó que no era ninguna amenaza vana. Hablaba en serio, muy en serio.

—Cinco minutos —respondió el chico, cuya edad debía de rondar los treinta.

Algo le decía que aquel chico se limitaría a cumplir las órdenes del tal Jackson sin intentar buscar una escapatoria posible. Miró hacia Sam. El gesto de su rostro también reflejaba cierta decepción. Aquella baza era importante y estaban a punto de perderla, de desperdiciarla.

Una vez los tuviera a todos encerrados en aquel vagón, no iba a permitir que salieran de nuevo.

Quizás, pensándolo fríamente, aquella era la última oportunidad que tenían de salir con vida de aquella locomotora. La suerte, en muchas ocasiones, solamente se reducía a una decisión. A un acto en concreto.

—Cinco minutos —repitió Jackson—. Si no, ella muere.

Señalaba a Paula, por supuesto.

La chica levantó la mirada y tropezó con sus ojos. Pudo sentir la rabia y el desprecio con el que la observaba y, en ese instante, estuvo convencida de que no la había escogido a ella por casualidad. Aun no sabía de qué se conocían, pero aquella violencia que arrojaba hacia Paula era personal. Muy personal.

Era una venganza.

8

La niebla de su cabeza se había filtrado al exterior.

La tormenta había amainado, pero el tren parecía estar suspendido entre las nubes. La bruma que cubría el puente impedía que los pasajeros pudieran atisbar absolutamente nada del horizonte.

Aun así, la joven escritora intentó perder su vista lejos de aquel vagón. Podía sentir la presencia del psicótico —ya sabía que se llamaba Jackson, pero ella seguía prefiriendo dirigirse a él como el psicótico— rondándola en cada instante, siempre a su alrededor. Acechándola. Había algo en él que la ponía muy nerviosa y que conseguía hacerla temblar de pies a cabeza, pero no en el buen sentido. Le daba pavor. Sabía que, si otro par de cables chispeaban en su cerebro, apretaría el gatillo o la lanzaría a través del cristal.

Algo le decía que su cuerpo no tardaría mucho en unirse al mismo destino al que Joseph se había visto sometido. Sentía la muerte muy cerca, y eso la llevaba a preguntarse si realmente su vida había servido para algo. Su objetivo siempre había sido dejar huella y marcar historia. Que, en un futuro, sus hijos, sus nietos y sus futuros descendientes tuvieran que aprender su nombre cuando estudiaran a los más grandes de la literatura. Y allí estaba, a punto de desaparecer y de convertirse en polvo sin haber logrado que nada, ni nadie, la fuera a recordar. Quizás algunos periódicos se lamentarían de su muerte y se harían eco de la desgracia, pero poco más. Tras el funeral, todos pasarían página y retomarían su ritmo de vida en el mismo punto en el que lo habían dejado. Nadie la recordaría.

Contempló el reloj que había colgado sobre la barra del bar. El reloj por el que Jackson iba contabilizando los minutos que el tipo guaperillas llevaba fuera del vagón. Tic, tac. El tiempo en su contra. Tic, tac. Siempre el tiempo en su contra. Le quedaban dos minutos.

Jackson se plantó frente a ella, aunque la chica se negó a levantar la mirada. Tenía miedo y no quería que aquel desquiciado se diera cuenta del pavor que sentía. Así eran los depredadores. Disfrutaban oliendo el terror de los demás, persiguiendo a su presa para, más tarde, darle caza sin piedad. Paula no iba a permitir que aquel desquiciado jugase con su mente. Prefería morir directamente, sin andarse con rodeos.

Tic, tac. Un minuto y todo llegaría a su final.

—¿Por qué no quieres que el tren se ponga en marcha? ¿Por qué has tirado al vacío a Joseph? —preguntó Sam con un tono de voz cauteloso.

No pretendía enfurecerle, pero sí entretenerle.

El tiempo iba llegando a su fin y el desquiciado de su secuestrador no dejaba de mirar el reloj. Tenía contabilizado hasta el último segundo y no parecía dispuesto a regalarles tiempo de más.

—¡Yo no he tirado al vacío a nadie! —gritó—. ¡Cállate! ¡Cállate!

Los había separado en dos grupos. Todos los pasajeros presentes —incluido el camarero, que no decía nada y también pasaba desapercibido con elegancia— estaban sentados en las mesas del fondo, de forma que eran mucho más sencillos de controlar y mantener a raya. Paula, en cambio, estaba apartada del resto. Sola.

Miró hacia atrás, en dirección a Sam. El policía parecía tranquilo, aunque Paula mantenía la esperanza de que en el interior de su cabeza estuviera tramando y buscando alguna escapatoria posible.

Volvió la vista hacia la ventana y suspiró profundamente. Observó el reflejo que le devolvía el cristal y se dio cuenta, por primera vez en su vida, de lo mucho que se parecía a su difunta madre. Tenía los mismos rasgos que ella; ojos grandes, mirada intensa, tez morena y mente soñadora. Era su viva imagen. Una lágrima recorrió su mejilla de forma paulatina. Paula la disfrutó. Se sintió bien al permitirse liberarla. Llevaba tanto tiempo esforzándose por ser fuerte y no venirse abajo que se había olvidado por completo de que, en ocasiones, perder también estaba permitido. Caer y levantarse, fallar y reintentar. Otra lágrima cayó por su mejilla izquierda, haciéndola comprender que aquella espesa niebla de su mente quizás radicase en todo el sufrimiento que había ido conteniendo en su interior. Quizás el vaso hubiera desbordado y quizás necesitaba soltar lastre para poder volver a ser ella misma. La que había sido antes de que su madre se apagara para siempre.

Soltó una risita que nadie más llegó a escuchar. De haberlo hecho, hubieran pensado que estaba tan loca —o más— que el propio psicótico que los tenía secuestrados. Estaba riéndose y llorando al mismo tiempo, pero el hecho de haber necesitado que un desquiciado la secuestrase y la apuntase con el cañón de un arma para comprender dónde radicaba el problema de su parón literario le parecía tan cómico como deprimente al mismo tiempo.

—¡Levántate! —exclamó.

Se dirigía a ella, por supuesto.

Cogió aire profundamente, inundando sus pulmones al máximo. Dolía. La ansiedad le oprimía el pecho, así que el simple y necesario acto de respirar le resultaba un suplicio. Intentó levantarse, pero el miedo que tenía a aquel hombre provocó que las piernas se le paralizaran al momento y que el juicio se le empañase. Procuró mantener la cabeza fría, pero no lo conseguía. Sus

extremidades no cumplían con las órdenes que su cerebro les enviaba.

Jackson se acercó a ella. Sus diminutos ojos claros parecían enfurecidos y fuera de control, inyectados en sangre. La sujetó por la blusa y, de un tirón, la lanzó contra el suelo. Paula escuchó el crujido que producía el choque de su cabeza contra la pata de mármol de la mesa contigua. Sintió un hilillo de sangre caliente que descendía por su frente. Tic, tac. Su tiempo se había agotado y había llegado el momento de su fin. De decir adiós.

Tic... tac.

—¿Dónde está! ¿Dónde está ese imbécil! —gritó Jackson, golpeándose la frente con agresividad.

Estaba hablando consigo mismo otra vez. ¿Un trastornado bipolar, tal vez? A la joven nunca le había interesado demasiado la psicología. La mente humana le parecía demasiado compleja y retorcida como para ser estudiada, aunque debía confesar que aquel instante un par de clases rápidas sobre desquiciados armados no le hubieran ido nada mal. Se llevó la mano a la frente y notó la viscosidad y el calor de su propia sangre. Volvió a recordar a su madre; siempre había sido muy aprensiva con las heridas, a diferencia de Paula.

—¡Déjala en paz, Jackson! ¡Ella no...!

Sam había saltado al rescate, por supuesto. Ella había intuido que así sería, aunque se lamentaba de haber acertado. Lo más probable es que, en lugar de un muerto, terminase habiendo dos. Dos cadáveres que se añadirían al de Joseph y que pasarían a formar parte de la alimentación de las especies del fondo marino.

La joven se incorporó levemente. Escuchaba un pitido atronador que no le permitía escuchar nada más, sentía la cabeza embotellada y, además, tenía la visión borrosa. Procuró estabilizarse y comprender qué sucedía. Sam se había levantado y Jackson lo encañonaba con el arma. Hizo un esfuerzo por incorporarse, pero no lo conseguía. El traumatismo debía de haber sido más grave de lo imaginado. La sangre seguía brotando de la herida y había comenzado a empañarle los ojos. Intentó quitársela con las manos y la sensación fue tan desagradable que no pudo evitar sentir una oleada de náuseas. Contuvo el vómito y comenzó a incorporarse con la ayuda de una silla.

La discusión entre ambos hombres cada vez parecía más acalorada y no aparentaba estar cerca de llegar a buen puerto. Estaba ya de pie, sosteniéndose con esfuerzo sobre el borde de la mesa, cuando el disparo ensordecedor retumbó en el habitáculo en el que se encontraban, haciéndola tambalearse. Cayó al suelo de rodillas, vencida por el esfuerzo, mientras desviaba la mirada hacia Sam. Estaba bien. Todos estaban bien. Había sido un disparo al aire, un aviso. Una advertencia que pronto se convertiría en realidad si el idiota del guaperas no cruzaba la puerta del vagón

cargado con el ordenador portátil y arrastrando al maquinista.

—Han pasado los cinco minutos... Me quiere engañar..., me está engañando... —gruñó de malas formas, apuntando directamente al policía—. Y como no aparezca, ella muere. ¡Ella muere!

Jackson volvió a golpearse la cabeza con el arma, como si estuviera sacudiéndose las voces que tenía en su interior. Intentaba espantarlas, pero no lo conseguía. Estaban demasiado arraigadas a él.

—¿Por qué no nos tranquilizamos, Jackson?

La voz de Sam sonaba serena. Paula era consciente de que así debía de ser si pretendía transmitir cierta calma al agresor. Tenía que ganarse su confianza y hacerle bajar la guardia.

—¡Ella, muere! —gritó, fuera de sí, en el preciso instante en el que las puertas del vagón se abrían de par en par—. ¡Ella, muere!

El guaperas aparecía en escena con el maletín y el maquinista. Ambos parecían confusos y desconcertados al descubrir el drama que estaba teniendo lugar en aquel instante.

—No he podido volver antes —contestó con la respiración agitada justo antes de apoyarse sobre sus propias rodillas para recuperar el aliento—. No podía...

Jackson se acercó hasta la chica.

Paula seguía teniendo la visión borrosa y no conseguía sacarse el pitido de los oídos. Notó cómo el psicótico volvía a abalanzarse sobre ella antes de apartarla de otro empujón. Su cuerpo rodó por el pasillo como una masa de carne y hueso inerte, hasta que al final se detuvo al chocar contra la pared del ferrocarril. Paula sintió que le costaba respirar y que el dolor de cabeza se había extendido por todo su cuerpo, por todas sus extremidades. No entendía qué era lo que sucedía, pero aquello... Aquello tenía que ser personal. La conocía, por supuesto que la conocía. A aquellas alturas ya no albergaba ninguna duda.

—Tienes aquí al maquinista, el tren no se ha movido y te han traído el ordenador —explicó Sam con voz neutra y tranquila—. ¿Por qué no dejas a la chica en paz?

Paula levantó la vista del suelo.

Seguía ahí tirada, inmóvil, respirando con dificultad. Él la miraba tan fijamente que podía sentir cómo aquellos diminutos y enrojecidos ojos la taladraban de rabia y odio.

—¡Dile que se levante! ¡Dile que se levante!

Volvía a estar hablando consigo mismo, fuera de sí.

Aprovechando aquel instante de locura, Sam se aproximó hasta ella para sujetarla entre sus brazos. Parecía desorientada y el corte de su frente tenía pinta de necesitar un par de puntos de sutura, pero estaba bien. No parecía tener nada grave.

—¿Puedes sostenerte? —inquirió.

Paula lo miró extrañada y, en aquel instante, comprendió que sabía muy poco, o más bien nada, de aquel desconocido con el que había compartido más que un beso en un compartimento de tren. Que era policía, que seguía formándose a pesar de su reconocimiento profesional, que parecía un buen tipo y que tenía una de las miradas más bonitas con las que se había tropezado jamás. No se arrepentía de lo que había sucedido entre ellos. Es más, se alegraba. Tenía la sensación de que aquel iba a ser el último orgasmo de su vida.

—Puedo sostenerme —aseguró, aunque lo dijo sin demasiada convicción.

Con ayuda de Sam, se sentó en una de las mesas y escondió su rostro bajo sus brazos. El psicótico de Jackson continuaba dando vueltas por la estancia mientras agitaba el arma en todas las direcciones. Otro intenso escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—¿Va a matarnos? —murmuró en voz baja para que solamente Sam pudiera escucharla.

—Está fuera de control... —respondió este, también entre susurros—, pero no lo creo. Solamente parecen amenazas.

—¿Y Joseph? ¿Crees que fue él quien lo empujó al vacío?

Sam estaba a punto de responder, pero se contuvo al comprobar que una de las rehenes se ponía de pie y comenzaba a gritar.

—A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas...

La mujer del crucifijo comenzó a pasearse por el vagón con los brazos en alto y la mirada clavada en el techo, como si no temiera la ira de Jackson. Como si no tuviera miedo a morir.

« Ingenua », pensó Paula.

—No sabría qué decirte... —murmuró el policía en voz baja—. Por mucho que busque, no termino de ver ninguna relación entre la muerte de Joseph y este secuestro de pasajeros — continuó entre susurros, mientras Jackson centraba su atención en la mujer de Dios.

—¿No ves relación?

Paula sintió cómo la sangre volvía a brotar de la brecha que se había hecho en la cabeza. Se llevó

la mano a la herida, aunque sabía que el gesto no ayudaría a cauterizarla.

—No me cuadra... Este hombre está desquiciado... Esto ha sido algo imprevisto, no lo tenía pensado de antes —respondió.

Jackson volvía a agitar el arma, esta vez encañonando de forma amenazante a la mujer del crucifijo. Había dejado sus plegarias de lado, pero no parecía dispuesta a volver a sentarse con el resto de los pasajeros. Paula desvió la mirada hacia ellos. La familia estaba en una esquina; la madre tenía abrazados a sus hijos y el padre aguardaba en silencio, sentado junto a ellos. Le sorprendió comprobar que el heroico guaperillas que había ido en busca del maquinista se encontraba junto a Danielle. Desde aquella distancia no conseguía escuchar lo que estaban diciendo, pero parecía consolarla e intentar tranquilizarla. Fue incapaz de pasar por alto la forma que tenía de acariciarle delicadamente la mejilla, con suavidad, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Pero no se conocían, ¿no? En realidad, aquel chico y Danielle no tenían nada en común... Sacudió sus pensamientos y decidió dejar de dedicarle tiempo a tonterías. Estaban secuestrados en una locomotora, en mitad de la nada, sin cobertura y sin ningún medio de comunicación con el que poder solicitar un rescate. Al otro lado de la puerta, en el vagón contiguo, podía escucharse el barullo de los pasajeros que no comprendían lo que estaba sucediendo allí adentro. Paula supuso que seguirían sin ser conscientes de que un loco había secuestrado a parte de los pasajeros y que amenazaba con matarlos a todos si el tren volvía a ponerse en marcha.

—¡Dile que se siente! ¡Quiero que se siente! —gritaba, nervioso, histérico.

—Escucha voces —señaló Sam—, y parece desquiciado. Algo me dice que debe de estar en tratamiento psiquiátrico...

—Y me conoce —puntualizó la escritora, aunque este último dato no lo podía asegurar al cien por cien. Solamente era una intuición—. Tiene algo contra mí... Algo personal.

Sam clavó los ojos en el sangriento rostro de la muchacha y se percató de que, aun así, seguía estando muy bonita. Tenía una de esas miradas grandes y expresivas que parecían ser capaces de comerse el mundo y de conquistar de un solo vistazo a cualquiera. La chica lo había cautivado de la misma, nada más cruzarse con ella. Y ahora la veía así, de ese modo, herida y asustada... Y la sangre le hervía en las venas. Sí, él también se había percatado de que el psicótico de Jackson parecía tener algo contra ella. Al principio había pensado que quizás se trataba de una simple fijación, pero según pasaban los minutos comprendía que el odio que destilaba su mirada cuando se enfocaba en la chica escondía algo más.

—Creo que va a matarme —concluyó ella, al final, exteriorizando sus pensamientos.

El policía negó.

—No voy a permitirlo —dijo, con una seguridad aplastante—. No va a morir nadie más.

«Nadie más », repitió ella en su cabeza.

A ratos se le olvidaba que Danielle lloraba una pérdida real, que su marido estaba muerto.

La loca del crucifijo terminó sentándose en el suelo, junto a los demás pasajeros secuestrados. Los únicos rezagados del resto eran ellos dos. Jackson sonrió de oreja a oreja antes de encaminarse hacia el maletín. Ni siquiera sacó el ordenador de su funda, simplemente lo dejó sobre la mesa en la que Paula estaba sentada.

—Escribe —ordenó con voz seria—. Escribe una historia para ella.

Paula frunció el ceño sin comprender a qué se refería.

Sabía quién era, por supuesto. Sabía que era escritora. Lo que significaba que estaba en una situación de desventaja: la joven seguía sin ubicar a aquel tipo en su memoria y tampoco sabía quién era «ella ».

El psicótico de Jackson se sentó frente a ella. Seguía encañonándola con el arma, sin titubear. No le temblaba el pulso lo más mínimo mientras lo hacía.

—Vas a escribir una historia para ella, para que tenga el final que merecía tener.

«Para ella », se repitió mentalmente.

¿Quién diablos era ella? ¿Qué quería decir con «el final que merecía tener »?

Jackson chasqueó los dedos de la mano derecha —con la izquierda sujetaba el arma— y, con un gesto silencioso de mirada, le indicó al policía que se levantase del asiento y se reuniese en la parte trasera con los demás pasajeros.

—Tú vas a quedar aquí y vas a escribir, ¿lo entiendes?

Ella se rio internamente.

Aquello parecía una broma de mal gusto. ¿Cómo explicarle a ese colgado que estaba pasando por un bloqueo literario? ¿Qué llevaba meses sin escribir más de tres palabras seguidas? ¿Qué su teléfono no dejaba de sonar con impacientes llamadas de su editora? ¿Qué llevaba semanas saltándose los plazos y las cláusulas de su contrato? ¿Cómo explicarle que no era capaz de escribir porque su mente se había quedado en blanco, cubierta por una neblina que le impedía imaginar y escuchar a ningún personaje? No podía. No podía explicarlo en voz alta porque, supuso, hacerlo significaría morir. Aquel hombre no parecía dispuesto a entrar en razones.

—¿Qué quieres que escriba? —preguntó en voz alta, procurando mantener un tono de voz firme. No quería que percibiera el miedo que sentía. No quería proporcionarle aquel regodeo gratuito.

—Quiero que escribas una historia que esté a su altura —contó muy serio, justo antes de propinarse otros dos golpecitos secos contra su frente—. Una historia para ella, para que descanse en paz.

—¿Quién es ella?

Paula no sabía si hacía bien en tirar del hilo con aquella conversación, pero sentía la necesidad de hurgar un poco más en aquella mente enfermiza que tenía ante sus narices. ¿De qué se conocían? Se lo preguntaba una y otra vez, en bucle, pero no terminaba de comprenderlo. No conseguía situarlo en su mapa mental.

—Ella era... —susurró entre gemidos, con dulzura y dolor, como si estuviera recordándola—, era maravillosa. Quería luchar..., quería seguir...

Paula se dio cuenta de que había comenzado a hablar para sí mismo y que, en aquellos instantes, estaba totalmente sumergido en el interior de su propia cabeza. Se quedó mirando el arma. Tenía algún resto de sangre del vigilante de seguridad, pero por lo demás, estaba limpia y brillaba de forma atrayente. La escritora sintió un impulso de lanzarse a por ella. Podía hacerlo; estaba distraído. Lo único que necesitaba era ser más rápida que él y encañonarlo de la misma. ¿Sabía quitar el bloqueo? ¿Tenía, siquiera, bloqueo? No había tocado una puñetera arma en su vida y, además, sus reflejos eran torpes. ¿Qué ocurriría si conseguía ser más rápida? ¿Si la interceptaba en el intento? Entonces... ¡Pum! Un disparo y adiós. Muerta. No quedaría absolutamente nada de ella.

Respiró profundamente mientras sacaba el ordenador portátil del maletín. No podía escribir —su bloqueo literario se lo impedía—, pero sí que era capaz de fingir que lo hacía.

Jackson continuó hablando solo. Había comenzado a decir algo de una enfermedad y de que la ciencia no había estado de su parte. Parecía estar divagando, diciendo cosas sin sentido. Paula abrió la página vacía del procesador de textos y se quedó observándola con un remolino de sentimientos agitando sus entrañas. Podían apuntarla con un arma, lanzarla contra una pared o abrirle una brecha en la cabeza, pero que sus capacidades intelectuales hubieran desaparecido seguía siendo su terror principal.

Su miedo.

Su fobia.

¿Cómo comenzar una novela sin saber sobre qué escribir? Miró hacia el exterior, hacia la ventana. Cuando uno no encontraba ideas en su cabeza, tenía que buscarlas fuera. Contemplo la espesa bruma que se había instaurado alrededor del bosque. Seguía lloviendo, aunque no demasiado. La tormenta había amainado, a pesar de que la llovizna continuase resistiéndose a desaparecer. Paula levantó la mano y colocó la palma sobre el cristal. Sintió el frío que le transmitía y se quedó de esa forma unos segundos, pensativa. No podía escribir, joder. No tenía ideas.

Cerró los ojos, alejándose de aquel maldito tren. De aquel maldito bar. En aquellos instantes se encontraba odiando al imbécil de Roger Hawkins con toda su alma. Había terminado subida en aquel trayecto intentando, de forma absurda, complacer las absurdas ideas del estúpido de su terapeuta. Volvió a pensar en su madre, en la enfermedad y en el cáncer que poco a poco la fue consumiendo hasta terminar con ella. Hasta apagar el brillo de sus ojos para siempre.

Y en ese instante, la primera palabra que teñía el procesador de textos blanco abandonó sus dedos y se filtró en el papel. Había comenzado la historia con un nombre: Blanca.

Así se llamaba ella y así merecía comenzar la historia. Blanca.

9

Paula había hecho un cálculo rápido. Si se concentraba plenamente en la escritura, podía escribir aproximadamente unas mil palabras por hora. A veces, incluso más. Pero rara vez era capaz de llegar a las dos mil en una hora. ¿Cuánto tiempo necesitaba para escribir una novela?

Miró su reloj y comprobó que eran casi la una de la madrugada. Intuía que, para aquellas tardías horas, la locomotora ya tendría que haber pasado por la siguiente estación. Quiso creer que, además, los vigilantes y responsables de la parada correspondiente serían conscientes de su retraso e intentarían contactar con ellos. Y, por último, imaginó que, al no poder establecer dicha comunicación de forma satisfactoria, avisarían a las autoridades competentes para que averiguasen dónde diablos estaba el tren y por qué no continuaba con su trayecto.

Imaginó que la policía, armada con pistolas, chalecos antibalas y diversos recursos, conseguiría entrar en el vagón y abatir al psicótico de su secuestrador sin causar más bajas. Todo terminaría de forma rápida y concisa, sin dramas.

Pero para que aquel momento llegase, primero tenían que aguantar. Resistir y seguir con vida.

Volvió la vista al papel. Estaba escribiendo la vida de su madre; o, al menos, lo que recordaba de ella. No eran demasiados datos y, si debía ser sincera consigo misma, los últimos años de su vida los recordaba borrosos. Demasiado difuminados. Noches sin dormir, vómitos, idas y venidas al hospital, tratamientos nuevos semanalmente... Respiró profundamente y pensó que, si iba a morir, prefería que fuera de un balazo que a cuenta del maldito cáncer. Sí, sin duda. Su novela empezaba con su muerte, con el instante en el que a Blanca se le apagó la vida para siempre.

Resultaba curioso, porque en aquel instante Paula no pudo evitar preguntarse qué sucedería con su alma ahora que su cuerpo ya no respiraba. Era una chica de ciencia, una chica lista. Sabía que era imposible la supervivencia de una conciencia ligada a un cuerpo ya muerto. Su madre dejó de respirar, sus latidos cesaron, y, entonces, las ondas cerebrales dejaron de detectarse. Su sentido común le decía que la sangre ya no llegaba hasta aquel órgano y que cualquier actividad cerebral posible se había extinguido para siempre. Su alma había muerto. Había «desaparecido». Y aun así pudo sentir su presencia, su vibración, su «espíritu». Pudo sentirla a ella. Recordaba perfectamente el instante en el que su cuerpo se apagó. Paula estaba a los pies de su camilla, sujetándole la mano. Hasta el último minuto de su vida, se aferró con fuerza a ella. Se paró a pensarlo fríamente: ¿cómo diablos podía sostener su mano con tantas ganas? ¿Con tanta energía? Hasta el último segundo. Entonces sus manos se aflojaron lentamente y la liberó. Se marchó.

Respiró hondo.

Se dio cuenta de que una lagrimita resbalaba por su mejilla, pero ni siquiera se molestó en apartarla. Contemplaba la imagen que le devolvía el reflejo del cristal y se sorprendía del mal aspecto que tenía. La herida de su cabeza hacía rato que había dejado de sangrar, aunque su rostro continuaba manchado de sangre. No se reconocía en aquella proyección, pero le dio igual. Tenía preocupaciones mucho más graves que su aspecto. Cogió aire profundamente y se dio cuenta de que, al inflar el pecho, le dolían los pulmones. Las costillas, más bien. « Seguro que tengo alguna fisurada », pensó. Después volvió la vista a la pantalla y releyó las últimas palabras que había escrito en el procesador de textos. El contador marcaba casi mil. ¡Mil!

En realidad, la cifra era irrisoria, pero Paula tenía la firme creencia de que una vez superase las primeras mil, todo saldría rodado y su bloqueo literario desaparecería de forma instantánea, como por arte de magia.

Y así fue.

Todo empezaba con la muerte de su madre, pero, según la historia iba avanzando, Paula iba profundizando más en otro tipo de aspectos. Su mente iba hilando temas, uno detrás de otro. Pensó que algunos apartados que narraba no tenían demasiado sentido, pero no le importó lo más mínimo. La cuestión era escribir. Que sus dedos volasen por el teclado de la misma forma que lo habían hecho cada mañana durante los últimos diez años de su vida. Cogió aire profundamente. Había escrito casi todo el planteamiento de la historia y en aquel instante se hallaba inmersa en atar los cabos sueltos que consideraba que no tenían demasiado sentido. Todo empezaba la fría madrugada en la que el corazón de Blanca dejaba de latir... Y todo continuaba cuando...

Levantó la vista del teclado. Los rehenes estaban gritando y discutiendo con Jackson. Paula se desconcentró de la historia y prestó atención a los sucesos que estaban teniendo en la vida real. Al parecer, los presentes empezaban a cansarse de estar allí metidos y a perder la paciencia. El camarero se mantenía en una esquina, ajeno a todo. Pero el vigilante, Steve, y el chico guaperillas que tenía ganas de ser el nuevo héroe de los periódicos escoceses, habían empezado a armar revuelo. La loca del crucifijo tampoco se quedaba atrás. Paula pensó en ella de aquella manera, como « la loca del crucifijo ». En su cabeza se refería ella de esa forma. Y resultaba curioso porque, si ahondaba en sus pensamientos, Jackson le parecía un pobre hombre desquiciado que necesitaba ayuda médica urgentemente. Quizás, incluso, podía llegar a ser una buena persona. Pero aquella mujer... esa sí que le parecía una auténtica desquiciada de libro. No tenía nada en contra de los creyentes, pero sí de aquellos desequilibrados que eran capaces de poner en riesgo una vida humana solo por la gracia del todopoderoso.

—Tengo que ir al baño —decía el chico.

Danielle estaba detrás de él, sujetándole del brazo. Parecía intentar retenerlo a su lado, aunque sin demasiado éxito.

—Nadie va a ir al baño —respondió el psicótico, justo antes de volver a golpearse en la frente.

Paula sintió lástima por él.

Sabía lo molesto que era tener tantísimas voces hablándole de forma simultánea. Se fijó en Sam, que estaba callado en el suelo. También la miraba a ella. Le dedicó una sonrisa de ánimo y Paula le devolvió el gesto de la misma forma. « Sigue así », articuló en silencio. Ella le guiñó un ojo y asintió.

Pensó que, lo más probable, era que su nuevo amigo el policía estuviera imaginándose que aquello debía de estar siendo una especie de tortura para la chica. Pero nada más lejos de la realidad. Estaba disfrutando muchísimo confeccionando aquel nuevo relato y dejando atrás su bloqueo.

¡Por fin!

Y, de pronto, sin preverlo, el caos estalló.

El guaperillas amigo de Danielle se abalanzó sobre Jackson y el tal Steve aprovechó para intentar quitarle el arma. Paula sintió que el ritmo de sus pulsaciones se aceleraba al instante. Sam también se apresuró a intervenir, pero cuando vio la forma en la que el agresor agitaba el arma se lo pensó dos veces y mantuvo las distancia. « Atrás », gritó, apartando a todos los civiles del forcejeo. Paula también pudo intuir que aquello no terminaría bien. Jackson cayó al suelo. Gritaba algo incomprensible en el instante en el que, de repente, el arma se disparó y el forcejeo se detuvo. El guaperillas —Paula seguía refiriéndose a él de esa forma porque desconocía su nombre real— estaba en el suelo y Steve, el vigilante, también. Roger Hawkins hubiera opinado que la paciencia era el arma más mortal de todas, pero su absurdo terapeuta no estaba allí para darles lecciones de vida a aquellos inútiles.

Todos comenzaron a levantarse con lentitud. Jackson había ganado distancia y, con la mano temblorosa, encañonaba a ambos hombres sin demasiada precisión. Estaba exaltado y parecía mucho más peligroso de lo que lo era diez minutos atrás. Paula intuyó que aquello no iba a terminar bien; tenía un mal presentimiento. Tenía miedo. El guaperas —cuya inteligencia seguía deslumbrando por su ausencia— se encaminó hacia Jackson. Su secuestrador tenía la camiseta rota, desgarrada, y se había dado un golpe en la cabeza al caer al suelo. Además, alguien debía de haberle herido en el labio, porque tenía los dientes ensangrentados mientras sonreía de forma

desquiciante.

—Si te mueves, mueres. ¡Si te mueves, mueres!

La amenaza sonaba muy en serio y Paula pensó que, de haberse dirigido a ella, no se la hubiera jugado.

Steve, el vigilante, se detuvo en el acto.

Tenía un irremediable y absurdo afán de protagonismo, pero era lo suficientemente inteligente como para ver el peligro real que aquel hombre representaba. El guaperas avanzó otro par de pasos. « Para », pensó Paula. « ¡Para! ». Y entonces, ocurrió.

El proyectil abandonó el cañón y, la bala, en solamente unas milésimas de segundo, adquirió una velocidad mayor a los mil kilómetros por hora. Un visto y no visto. Un simple parpadeo. Penetró la piel del chico y su carne absorbió el impulso, derribándolo de la misma al suelo. Paula no podía saberlo, pero mientras ella intentaba asimilar lo que había sucedido la bala perforaba de forma irremediable la arteria subclavia bajo su clavícula, provocándole una hemorragia masiva al instante antes de que la bala rebotase y cambiase de dirección en el interior de su cuerpo, destrozándole los órganos vitales. Un solo disparo, pero un disparo mortal.

Dos segundos que marcaban la diferencia entre la vida y la muerte.

Un orificio de entrada, pero ninguno de salida.

Un cadáver desangrándose en el vagón de una locomotora a vapor que, a esas alturas de la noche y en otras circunstancias muy diferentes, ya debía de estar llegando a su andén de destino.

Ella no era consciente, pero estaba conteniendo la respiración.

El caos.

El desorden.

El miedo.

Todos empezaron a gritar con histerismo. La madre, preocupada, intentaba taparles a los muchachos los ojos para que no pudieran ver al muerto. Inocente. No sabía que, durante las próximas horas, aquel charco de sangre iría ensanchándose e inundado toda la superficie del suelo. La alfombra escarlata se teñiría de un rojo aún más intenso. Steve se tapaba la boca, tenía los ojos empañados. Pero la que más sembraba el caos con sus alaridos y lamentos, era Danielle. La joven gritaba de forma desgarradora mientras se envolvía a sí misma con sus propios brazos. El dolor que liberaba aquella muchacha resultaba impactante, atroz. Su cuerpo se sacudía en pequeñas convulsiones, como si la bala en realidad la hubiera recibido ella y no él. Como si la que estuviera perdiendo la vida con lentitud fuera ella. La joven escritora se quedó mirándola

muy fijamente mientras empatizaba con ese dolor tan intenso que transmitía. Y entonces lo tuvo claro... Lo conocía; por supuesto que lo conocía. Ambos se conocían demasiado bien.

—¡Qué se calle! ¡Qué se calle! —gritó Jackson, histérico, tan fuera de control como lo estaba ella.

Desvió la mirada hacia el secuestrador. La camiseta abierta, rasgada y hecha jirones dejaba al descubierto su pecho y la gran cicatriz que le atravesaba y le separaba en dos mitades. Una cicatriz impactante. Una cicatriz que, sin duda, también podía haber significado una muerte muy próxima.

Paula no podía apartar la vista de aquella cremallera ficticia. Parecía que lo habían abierto por la mitad antes de volver a cerrarle.

Respiró hondo y clavó la vista en Sam. Ambos compartían un descorazonado presagio.

10

Sam se sentó a su lado.

En mitad del caos y con la cabeza tan ida, Jackson había permitido que el policía se desplazase hasta ella y se sentase en el asiento contiguo.

—¿Qué crees que le sucedió? —preguntó, señalándole el pecho.

El psicótico ya se había recolocado la camiseta y la cicatriz había dejado de estar a la vista.

Él se encogió de hombros y deslizó el brazo bajo la mesa para colocarla sobre la rodilla de la joven. Paula sintió que algo agradable se instauraba en su interior.

—¿Un trasplante de corazón, quizás?

Ella cogió aire profundamente y lo liberó con lentitud. Seguía doliéndole el pecho al respirar. Se quedó observando el cadáver del muchacho que yacía, inerte, en el suelo. La muerte era tan sencilla y tan complicada al mismo tiempo que a Paula se le antojaba fascinante y maravillosa.

—Van a venir a buscarnos... No puede faltar mucho —susurró Sam, dejando aquella promesa en el aire.

Ella miró la pantalla del ordenador y desvió la vista hacia el contador de palabras. Llevaba algo más de cinco mil, así que a esas alturas podía considerar que su bloqueo literario había desaparecido por completo. Los sollozos angustiados de Danielle volvieron a captar su atención. Alzó la vista al frente y la vio en una esquina, hecha un ovillo mientras convulsionaba entre jadeos. Paula no era médico y tampoco tenía demasiada idea sobre medicina, pero intuía que, si continuaba tan agitada, el parto se le adelantaría. O algo peor, tal vez. No quería, siquiera, planteárselo.

—Se conocían.

—Sí, se conocían —corroboró Sam.

Era evidente.

—¿Tú estás bien?

Asintió sin titubear.

Estaba bien. Muy bien, en realidad. Los golpes que había recibido le causaban ciertas molestias físicas, pero psicológicamente se sentía genial. Fuerte. Libre. Tenía la cabeza despejada y

prácticamente no quedaba rastro de la neblina que durante aquellos meses había empañado su imaginación y sus pensamientos.

Sam deslizó la mano un poco más arriba, descendiendo de forma lenta entre sus muslos. Sonrió con timidez, sintiéndose una mala persona por aquel pequeño encuentro que estaban compartiendo mientras todos los pasajeros intentaban mantener la calma sin perder el juicio ni la esperanza.

—¿Crees que me matará cuando termine de escribir esta historia? —preguntó, aunque no sabía muy bien si lo decía bromeando o en serio.

Sam sacudió la cabeza en señal de negación.

—Creo que si ha matado al chico ha sido porque se ha visto amenazado —respondió—. Diría que tiene un trastorno bipolar —continuó, haciendo gala de sus conocimientos criminalísticos—, y que ahora mismo está sufriendo una crisis psicótica.

Paula estuvo de acuerdo con esa última parte.

—Vamos a salir de esta, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza y, mientras lo hacía, comprendió que no tenía prisa porque aquel caos desapareciera de su vida. Al pensarlo fríamente, sintió pánico. Verdadero y auténtico pánico a que, al desaparecer aquella situación límite y de estrés máximo, su mente volviera a empañarse y la neblina reapareciera. « No va a pasar, Paula », se dijo a sí misma, justo antes de replantearse su propia cordura.

Resultaba curioso aquella forma de catalogar a las personas como « cuerdas » o « taradas ». Para la joven escritora, la mujer del crucifijo era una auténtica chalada, el psicótico que los había secuestrado un pobre hombre enfermo y desquiciado y Sam... ¿Qué decir de Sam? Le estaba metiendo mano mientras un cadáver se desangraba a dos metros de donde se encontraban. Sí, la línea entre la cordura y la locura era demasiado fina, demasiado fácil de traspasar. Pensó en ella misma y se dio cuenta de que, anhelar que aquel secuestro se dilatase en el tiempo para continuar escribiendo tampoco la dejaba en una posición realmente buena. Estaba convencida de que Roger Hawkins pensaba que estaba como una auténtica regadera; pero como la sesión era cara y ella pagaba por adelantado, se guardaba aquel diagnóstico para él.

—Cuándo todo esto termine, te invito a comer —propuso el policía.

Ella sonrió. Le gustaba la propuesta, pero intuía que nunca llegarían a hacerla realidad.

Paula tenía un sexto sentido para las personas, las situaciones y la vida, en general. « Visión del

futuro » lo llamaba ella. Y casi siempre, acertaba. Sam y ella habían experimentado esa conexión mágica, pero sabía que aquel vínculo no sería eterno. Era efímero, fugaz. Y tal y cómo se había formado, se extinguiría hasta que el destino volviera a provocar otro choque de caminos entre ambas trayectorias de su existencia.

Paula miró el cadáver del chico. Llevaba ya unas cuantas horas muerto y su cuerpo se había empezado a tensar de forma involuntaria. Ya no era tan « guaperillas » como antes, claro. Se fijó en su mandíbula tensa y en la rigidez de sus brazos e imaginó que la sangre había comenzado a enfriarse y endurecerse en el interior de sus venas.

—Va a acabar mal si sigue así —dijo Paula, señalando a la embarazada—. ¿Crees que eran amantes?

Sam asintió.

—Lo eran. Estoy seguro.

—¿Y por qué motivo crees que viajaba en el ferrocarril con su marido y su amante?

El policía, pensativo, se mordió el labio inferior y se encogió de hombros, una vez más. Tenían muchas interrogantes y pocas respuestas.

—Algo me dice que el padre de la criatura no está siendo devorado por ninguna especie marina —explicó, antes de desviar la mirada hacia la pantalla del portátil de la escritora—. ¿Puedes conectarte a alguna red Wifi?

Paula negó. Ya lo había comprobado.

—Y sigo sin cobertura —murmuró en voz baja.

Jackson aún no había fijado su atención en ellos, pero tarde o temprano lo haría y volvería a separarlos.

—¿Crees que tiró a Joseph al vacío justo en este lugar para dejarnos incomunicados? ¿Qué todo esto ha sido premeditado?

El policía negó rotundamente, sin ningún atisbo de duda.

—Lo más probable es que lleváramos un buen rato incomunicados por la localización y la tormenta, pero no éramos conscientes de ello.

Podía ser.

Imaginó que aquella interrogante quedaría para siempre en el aire y nunca jamás tendría una respuesta concisa. Los dedos de Sam tamborilearon sobre su pierna de forma cariñosa.

—Tú sigue escribiendo —le pidió—. O sigue fingiendo que escribes. Lo que más te apetezca.

Una sonrisa sincera se ensanchó en su rostro.

—Escribiendo. Creo que me está quedando una historia bastante bonita.

—¿Con un secuestro y trastornado mental? —inquirió el policía, bromeando.

Resultaba increíble que, dadas las circunstancias, le quedase humor para bromear.

—No, en realidad, con un policía bastante sinvergüenza como protagonista... —se rio ella, guiñándole un ojo—. Hacía tiempo que me apetecía escribir un thriller policiaco.

—No suena mal.

En ese instante, y por una milésima de segundo, Paula volvió a imaginarse lo divertido que tendría que ser compartir su vida con un policía y escuchar, cada noche o cada mañana, una interesantísima historia que le sirviese de inspiración. Debía admitir que era una persona un tanto arrogante y algo prepotente, así que no solía admirar a la gente. Pero por un instante pensó que había que otra excepción y que tanto los sanitarios como los policías tenían su pleno reconocimiento. Sí, estaban hechos de otra pasta y, la gran mayoría, tampoco parecían estar muy cuerdos.

La conversación llegó a su final cuando Jackson tomó asiento frente a ellos. Se golpeó la frente con la culata de la pistola antes de apoyarla sobre la mesa, encañonando directamente a Paula.

—La historia de ella... ¡Escribe su historia!

Le temblaba un párpado, seguramente por las horas que llevaba sin dormir. O quizás se tratase de algún efecto secundario de su locura. La chica no lo sabía y tampoco tenía demasiado interés por averiguarlo.

—Estoy escribiéndola —susurró en voz baja, con un tono conciliador.

El secuestrador frunció el ceño, arrugando de forma exagerada la frente. « Otra vez las voces », pensó Paula. Sintió lástima por él... Ella sabía lo incómodo que era tener tantísimo ruido metido en el interior de su cabeza, taladrándole los pensamientos sin permitirle concentrarse en nada más. La diferencia es que, cuando tecleaba, todas aquellas voces se disipaban y dejaban de existir. O, mejor dicho, se filtraban.

—Fuera —gruñó de malas formas, dirigiéndose a Sam—. Vete con los demás. Ella tiene que escribir.

El policía, obediente, se levantó de la mesa. Justo antes de ponerse de pie apretó con cariño el

muslo de la escritora a modo de despedida. Después esquivó el cadáver y el charco de sangre y se unió a los demás.

Paula miró al exterior.

La niebla casi había desaparecido, pero la tormenta había vuelto a la carga. Además, la tétrica y sombría noche no le permitía contemplar nada más allá de la oscuridad. Alzó la mirada al cielo; estaba encapotado, por supuesto, y las nubes impedían que pudiera observar ningún astro. Pero le dio igual. Las tormentas le fascinaban tanto que podía pasarse horas contemplando la lluvia, escuchando los truenos y disfrutando los rayos sin aburrirse de ellas. Recordó aquellas casas burbujas que alguna vez había visto por la televisión y se imaginó metida en una de ellas mientras gozaba de la tempestad del exterior. La gente soñaba con ver la aurora boreal y ella..., ella siempre había sido el bicho raro que perseguía huracanes.

—Escribe —gruñó, golpeando con el puño la mesa.

Paula asintió y volvió a concentrarse en el procesador de textos. Las palabras ocupaban toda la página.

Aunque sabía que aquel sentimiento no era concorde a la situación que vivían, se sintió feliz. Muy feliz.

11

Jackson se paseaba de un lado a otro de la estancia con nerviosismo. Los minutos pasaban y él cada vez parecía más desquiciado, más fuera de control. Tic, tac. El tiempo se le agotaba.

Estaba tan perturbado y sufría una demencia tan grave que ni siquiera era consciente de que escribir una novela en unas horas no era un acto posible. Paula era rápida y prolífera, pero no podía sacarse doscientas páginas de su cabeza y plasmarlas en el papel en unas pocas horas.

—Señor, no permitas que me quede donde estoy, ayúdame a llegar donde tú quieres que yo llegue, ayúdame a...

La mujer del crucifijo llevaba varios minutos sin callar, soltando una plegaria detrás de otra. Conseguía desquiciar hasta al desquiciado. Y a Paula en concreto, la estaba volviendo loca de remate. Su voz se le metía en la cabeza, perturbándole la concentración que implicaba la historia que narraba. Había dejado de ser la historia de Blanca para convertirse en algo más. En un viaje especial; en su propia historia y en la de Sam. En la de todos los que estaban allí presentes, compartiendo aquella noche que los uniría de por vida de una forma invisible y extraordinaria.

Cerró los ojos y procuró reconectar consigo misma y sacar a aquella mujer de sus pensamientos. Empezaba a hartarse del señor todopoderoso y de aquellas plegarias cuando, de pronto, un alarido de angustia de Danielle la hizo abrir los párpados y regresar a la vida real. Hacía rato que la embarazada había dejado de gritar y, simplemente, lloriqueaba en una esquina ajena a todos los demás.

Sam se había levantado de un salto, justo con Steve y el camarero, y la tenían rodeada. La joven escritora no podía ver qué era lo que estaba sucediendo, pero intuía que nada bueno. Los gritos de dolor de Danielle se agudizaban por momentos. Eran gemidos de dolor, de angustia.

« Está de parto », pensó, « ha ocurrido » .

El policía, nervioso, se hizo a un lado y dejó a la embarazada al descubierto. Paula observó cómo la sangre caía por sus piernas de forma alarmante.

—¡Necesita ir a un hospital! —gritó el policía, nervioso.

Paula se levantó de la mesa y, al incorporarse de un salto, sintió un leve mareo que la desequilibró. Jackson volvió a agitar la pistola en el aire, nervioso, confuso, mientras se paseaba de un lado a otro. Volvía a estar fuera de sí mismo, y cuando entraba en aquel bucle de

nerviosismo, se volvía agresivo. Cuanto más tiempo pasaba con él, mejor entendía su mente.

—¿Por qué no dejas que se marche? —inquirió la escritora, caminando un par de pasos cautelosos en su dirección—. La que tiene que escribir la novela para *ella*, soy yo.

Ella.

Seguía sin saber quién era ella, pero intuía que fuera quien fuese, se trataba de alguien importante. *Ella* era la *clave* de todo.

Un relámpago parpadeo en el cielo e, instantes después, la luz del vagón se apagó por completo. Todo quedó a oscuras y los gritos de dolor de Danielle se entremezclaron con los alaridos de pánico del resto de los pasajeros. Paula pensó que debía aprovechar aquel instante para desarmar a Jackson, para intentar arrebatarse el arma de las manos; pero no fue capaz de mover un solo pie en dirección al secuestrador. No servía para eso. Era una rata de biblioteca, no una heroína de libro. El mundo estaba dividido en dos grupos: cobardes y personas de acción. Paula formaba parte del primer grupo, sin duda.

La luz del vagón parpadeó, intentando volver a prenderse sin éxito antes de que la oscuridad volviera a engullirlos bajo sus tétricas sombras. En aquel breve instante de luminiscencia, Paula pudo observar a Sam corriendo hacia ellos. La joven escritora dio un paso hacia atrás. Sentía su corazón palpitando de forma desbocada, laténdole con fuerza. Estaba a punto de reventarle dentro del pecho. Los gritos de Danielle se intensificaron y, aunque no podía verla, se la imaginaba tumbada en el suelo, desangrándose mientras perdía al único ser amado que todavía le quedaba con vida en aquel maldito ferrocarril. ¿Quién le hubiera dicho a aquella mujer que el lujoso Bluebell Railway le arrebataría a todas aquellas personas que amaba? ¿Quién se hubiera imaginado que aquel trayecto en locomotora estaría manchado de sangre y dolor?

Paula escuchó un potente golpe a su derecha, justo donde se encontraba Jackson. Un quejido agonizante le hizo comprender que Sam debía de haber tumbado al secuestrador, y unos pocos segundos más tarde percibió el murmullo y los jadeos de ambos hombres luchando en el suelo. Se escuchó un disparo y los gritos de pánico se agudizaron aún más.

El *caos*.

Todo era *caos*.

Decisiones tomadas al azar, guiadas por el miedo, la aprensión y la desconfianza. Decisiones impulsadas por la desesperación. Porque todo radica en eso: en no perder la *esperanza* y creer que, a pesar de todo, uno siempre encontrará un final feliz. Ese que todos los seres humanos del mundo anhelamos.

Paula podía escuchar los chillidos de pánico, de angustia y de sufrimiento. La oscuridad siempre hacía que todo diera mucho más miedo. El no saber y lo desconocido, aterraba al ser humano. La oscuridad nunca había sido un buen aliado para mantener la calma. Las luces del techo volvieron a parpadear, pero la chica no llegó a atisbar nada. Sintió una fuerza ajena abalanzándose contra ella y, sin poder evitarlo, cayó al suelo. Notó cómo se golpeaba la sien con algo picudo, duro, inamovible. Posiblemente la esquina de la mesa en la que había estado sentada, trabajando. Escuchó otro disparo y el sonido ensordecedor de un pitido constante se instaló en sus oídos, difuminando los alaridos de pavor del resto de los pasajeros. Poco a poco todos los ruidos de su alrededor se fueron disipando hasta que, al final, la oscuridad la envolvió por completo arrastrándola a un estado de calma y de paz.

Cuando abrió los ojos, supo que estaba soñando. Debía de haber perdido el conocimiento —o quizás estuviera muerta. No podía saberlo—.

Su madre descansaba en la camilla del hospital, enchufada a mil máquinas que monitorizaban el correcto funcionamiento de cada uno de sus órganos. Se acercó a ella con una sonrisa. Cuando la veía así, de esa forma, sentía el impulso de echarse a llorar. Pero tenía que ser fuerte por ella, mantener la esperanza. Si su mente se rendía y dejaba de luchar, su cuerpo haría exactamente lo mismo. Todo estaba conectado.

Se sentó sobre el fino colchón y le acarició el rostro con ternura. Tenía la tez blanca y repleta de manchas extrañas, las ojeras marcadas y los huesos casi al descubierto. Había perdido mucho peso, muchísimo. Deslizó la mano por su mejilla y después se recostó junto a ella. Podía escuchar el ritmo lento y pausado de su serena respiración. Se preguntó si, en los sueños de su madre, también estaría ella. Si sería algo común, algo mutuo. En una ocasión, una amiga le había asegurado que cuando soñabas con una persona, significaba que esa persona también había soñado contigo —incluso aunque el susodicho no lo recordase—. No creía en ese tipo de absurdos, pero por una vez, intentó hacerlo. Quiso creer y que su parte más irracional ganase la batalla final.

—Te echo mucho de menos, mamá... —murmuró en voz baja.

Aspiró por la nariz y percibió el aroma a enfermedad y a jazmín que había en el ambiente. El perfume de su madre mezclado con la proximidad de la muerte. Con el *final*.

Paula sintió deseos de despertarla. Quería mantener una última conversación con ella para poder decirle todo lo que nunca le dijo: que había sido una buena madre, que le había dado una infancia muy feliz y que, por mucho que su testarudez las hubiera distanciado, siempre la querría. Siempre la admiraría. Siempre la consideraría su fiel ejemplo a seguir.

Al final, optó por no despertarla. Su rostro transmitía tanta paz y serenidad que temía que, de hacerlo, el dolor y la enfermedad pudieran hacer acto de presencia causándole un sufrimiento innecesario.

Extendió el brazo sobre ella y rodeó su frío cuerpo. Podía sentir cómo, cada vez que su pecho ascendía y descendía, la vida se iba apagando en ella. El simple y natural acto de respirar ya le suponía un esfuerzo agotador.

—Te quiero, mamá... —susurró en voz baja con los ojos empañados—. Estés donde estés, espero que siempre te sientas orgullosa de mí...

Notó cómo el sueño se iba apoderando de ella y, sin pensárselo, se rindió a Morfeo. Allí, en aquel lugar, junto a ella, estaba a salvo. Se sentía bien.

Se sentía en *paz*.

12

El caos.

Cuatro letras que significan tanto y que representan mucho.

Cuatro letras que marcan un antes y un después.

El caos llega sin avisar. Y de la misma forma que lo hace, se marcha.

Paula abrió los párpados lentamente. El maldito pitido que retumbaba en el interior de su cráneo le impedía concentrarse en observar su alrededor con claridad y comprender qué era lo que estaba sucediendo. Cogió aire profundamente mientras que, con el ceño fruncido, se esforzaba por adaptar la vista a la luminiscencia del ambiente. Atisbó a Sam. Corría de un lado a otro del vagón, nervioso. Los pasajeros también se habían levantado y muchos de ellos se apresuraban a salir de aquella estancia. Se incorporó con lentitud y contempló con más detenimiento aquello que la rodeaba.

Y entonces, le vio.

A Jackson.

Estaba al fondo del vagón, en el mismo lugar en el que anteriormente habían estado sentados los rehenes. Ahora las tornas se habían cambiado y, de repente, él era el rehén. Paula procuró contener la ansiedad que había comenzado a oprimirle el pecho. Vislumbró su portátil en la mesa, abierto, esperándole, y las palabras de Jackson resonaron con fuerza en su mente « O escribes, o mueres ». Había sido una lección de supervivencia, pero había funcionado. Había tenido su efecto positivo en ella y, a pesar de todo, debía de estarle agradecida por aquello.

Los gritos de dolor de Danielle captaron su atención de la misma. Notó cómo el vagón daba un pequeño tirón. Las ruedas chirriaban por la fricción y, unos instantes después, la locomotora se ponía en marcha.

—¡Steve! —gritó Sam, que estaba junto a la mujer embarazada—. Que traigan más toallas y sábanas, por favor. ¡Qué se den prisa!

El vigilante de seguridad estaba en la puerta del vagón. Su labor, por lo que Paula pudo deducir de un simple vistazo, era evitar la entrada de cualquier mirón perverso. El bar había dejado de ser un lugar seguro para los pasajeros por razones obvias y evidentes: una mujer a punto de dar a luz de forma prematura, un chico asesinado por un disparo que yacía en el suelo y un secuestrador psicótico maniatado en una de las esquinas de la estancia. Y, hasta hacía unos instantes, una

joven inconsciente que no recuperaba el conocimiento con el paso de los minutos.

Se arrastró por el suelo, casi sin fuerzas. Le dolía horrores la cabeza y seguía notando las punzadas que se clavaban en sus costillas cuando cogía aire. Ni siquiera supo por qué se dirigía hacia él. Se movía guiada por una fuerza invisible que la arrastraba hasta Jackson. Se sentó de cuclillas frente a él. El tipo levantó sus diminutos ojos y la miró muy fijamente. Paula volvió a vislumbrar sin demasiado esfuerzo el odio y la rabia que transmitía hacia ella. Lo escrutó de hito a hito, repasándolo con detenimiento mientras intentaba imaginar una época en la que aquel hombre fue poco más que un tipo normal y corriente. Con sus más y sus menos, como todos, pero, a fin de cuentas, normal. ¿Qué quedaba de él? Nada. Había perdido el juicio por completo.

—¿Cómo se llama *ella*? —murmuró la escritora.

La luz del vagón parpadeó un par de veces antes de volver a la normalidad.

Ni Sam ni Steve parecían haberse dado cuenta de que la chica había despertado de su inconsciencia, y no iba a ser ella quien los alertase. Parecían demasiado inmersos en atender a Danielle y traer a aquel bebé al mundo, y si tenía que ser sincera..., Paula prefería evitar esa labor. No porque le resultase desagradable, sino porque no se veía capaz de soportar la muerte de un bebé. Sí, iba de chica dura e insensible, pero en el fondo si algo la caracterizaba era la empatía que podía llegar a sentir hacia el resto de los seres humanos. Esa característica era la que hacía de ella una buena escritora, una de éxito.

—Ana —gruñó Jackson sin mirarla a los ojos directamente—. Ella se llamaba Ana.

Paula sintió que se le formaba un nudo en el estómago. « Se llamaba ». Había utilizado un verbo en pasado, lo que significa que...

—¿Cuándo falleció?

Entonces levantó la mirada y clavó aquellos ojos diminutos en ella. Por un instante, a Paula le pareció detectar que el hombre recuperaba la cordura y que la rabia desaparecía de su interior.

—Se rindió cuando dejaste de publicar tus libros —respondió—. Los esperaba cada semana... Decía que la hacían evadirse de la realidad. De los tratamientos..., de la enfermedad.

Paula sintió una punzada de angustia al escuchar aquello.

¿Cuántas veces se había encontrado con alguna lectora que le decía lo mismo? ¿Cuántas veces le habían contado que sus libros formaban parte de la rutina de un tratamiento de hospital? Millones de veces. Y cuando lo escuchaba..., se sentía bien. Se sentía dichosa y orgullosa de sí misma por poseer la capacidad de ayudar a otra persona a sobrellevar una situación difícil. Recordaba a Blanca, a su madre. Y pensaba que, de esa forma, devolvía un rayo de luz al mundo.

Como si fuera una moneda de cambio para estar en paz.

Suspiró y estiró el brazo, pero en el último minuto se arrepintió y no llegó a tocarle. Por muy cuerdo que pareciera en aquel instante, lo había visto en acción y había comprobado con sus propios ojos de lo que era capaz.

—¿Cáncer? —preguntó, casi sin voz.

No podía evitar sentir a su madre muy cerca, muy presente.

—Cáncer —confirmó Jackson.

Paula notó que algo se le revolvía en el estómago. Empezó a llorar. Era un llanto silencioso de angustia, de dolor, pero, sobre todo, de liberación.

—*Ella* se merece esa historia —dijo, como si estuviera señalando un hecho irrefutable—. *Ella* se merece que la escribas.

Él también había empezado a llorar.

En ese instante, se armó de valor y estiró el brazo. Rozó su piel delicadamente, solo por un segundo, antes de retirar el contacto. Jackson ni siquiera se inmutó. Paula intentó imaginarse todo el sufrimiento y el dolor que debía de haber padecido aquellos últimos años de su vida. El cáncer era un asesino lento, silencioso y despiadado. Un asesino que no perdonaba, que no tenía piedad y que no hacía distinciones de ningún tipo. De nada importaba si eras hombre o mujer, joven o anciano... De nada importaba las ganas de vivir con el que lo afrontases.

Paula se dio cuenta de que, en el fondo, Jackson y ella no eran tan diferentes como podía imaginar cualquiera de los presentes en aquel ferrocarril. Ella también escuchaba voces y, por supuesto, también enloquecía al pensar en aquellas personas a las que iba sobreviviendo. «Ley de vida» lo llamaban algunos. A la escritora, en cambio, seguía pareciéndole una tortura.

Pensó que, de no haber tenido la capacidad de escribir sus historias, lo más probable es que en cualquier instante también hubiera terminado perdiendo la cabeza por completo y perdiéndose en su propio dolor. Paula tenía la suerte de poder canalizarlo a través de las vivencias y los sentimientos de sus personajes. De sus protagonistas.

—¡Necesito ayuda! —gritó Sam, nervioso—. ¡Necesito ayuda!

Como si hubiera sufrido un calambre, Paula se levantó de un salto y echó a correr en dirección al guapo policía. Se miraron durante un breve instante y presintió cómo esa extraña conexión que sentían volvía a formarse entre ellos. Esa magia. Esa chispa capaz de detener el mundo en una milésima de segundo y dejarlo todo suspendido en el aire. Tenía los ojos más intensos y bonitos que había visto jamás.

—Necesito ayuda...

Danielle estaba tumbada, gritando y llorando mientras se agarraba con fuerza a la mano de Sam. Miró hacia las piernas de la parturienta, pero lo único que atisbó fue sangre. Mucha, muchísima sangre.

—Yo no puedo...

Intuía que aquello no iba a salir bien.

¿De verdad no había un solo médico en toda la maldita locomotora? ¿De verdad no había ninguna matrona o enfermera? Paula pensó que estaba preparada para muchísimas cosas: escribir un libro o correr una maratón si hacía falta. Pero para traer a otro ser humano al mundo, no. No estaba preparada para hacerlo, ni verlo.

—Quédate conmigo, por favor... Eres la única persona amable que ha estado conmigo desde que Joseph murió.

No pudo pasar por alto, una vez más, que se había referido a él como un «muerto» y no como «desaparecido».

Pestañeó varias veces, confusa.

Su parte más empática la obligó a asentir en silencio. Podía ver reflejado el espanto en el rostro de Sam. Obviamente, él tampoco se sentía preparado para realizar aquel divino acto en solitario, pero no le quedaba más remedio que intentarlo. Le habían traído toallas, sábanas y un cubo con agua. Sam no dejaba de limpiar a la mujer mientras que, Paula, simplemente se limitaba a sujetarla de la mano y a susurrarle que todo saldría bien. No podía hacer otra cosa, pero intuyó que insuflarle ánimos ya era un trabajo lo suficientemente responsable. Una tarea valiosa.

Y en aquel instante, mientras apretaba con cariño su mano y ella aspiraba y suspiraba con esfuerzo, se percató de los moretones que se esparcían por sus brazos. Las marcas, las heridas y las cicatrices. Las miró horrorizada, sin decir nada. Eran secuelas de un maltrato. Secuelas de una tortura.

—¡Puedo ver su cabeza! —gritó Sam, con un tono de voz que entremezclaba la ilusión con el temor.

Paula se alegró de no poder observar la escena. Aunque no era una persona aprensiva, consideraba que su estómago tenía más que suficiente con procesar el cadáver que yacía a pocos metros de ellos. Danielle gritó con fuerza, dolorida, mientras la joven escritora volvía a percatarse de aquellas marcas y moretones. Algunos parecían muy antiguos, pero otros muchos se veían claramente que eran recientes y que aún no habían adquirido la tonalidad verdosa a la

que pasaban cuando ya llevaban varios días sobre la piel. Joseph, su marido, la maltrataba. Comprendió en ese instante que aquel viaje estaba siendo el mágico estallido de una cadena de sucesos que ni siquiera tenían nada que ver entre sí. Ninguna relación. Imaginó que el guaperillas que yacía sin vida en aquella esquina del vagón se había subido a bordo con la intención de no abandonar a su amada. Un acto de amor desinteresado, puro, inconsciente y desesperado que lo había arrastrado a sufrir una muerte prematura e inesperada. También sospechaba que, quizás, podía ser el verdadero padre de la criatura que en pocos minutos llegaría a aquel mundo. Unos se marchaban y otros llegaban. Así era la vida. Así giraba el mundo.

Jackson se había subido al tren tras ella. Y el universo, en el segundo oportuno y como de forma mágica, había conjugado todas las variantes habidas en aquel lugar para que el caos reinara. Paula repitió esa palabra mentalmente: caos. Había aprendido a quererla, pero, sobre todo, a respetarla. El caos era imponente. El caos era, simplemente, brujería. Miró a Danielle a los ojos y pudo ver el sufrimiento que reflejaban. No por el dolor que sentía, sino por todo aquello que había perdido en unas pocas horas de su vida. Sintió el deseo de acariciarle las cicatrices de los brazos y de susurrarle que, de ahí en adelante, todo estaría bien. Paula intuyó que la vida le tenía algo bueno preparado, algo realmente valioso. Y que aquel viaje en ferrocarril había sido necesario para que lo bueno llegara hasta ella.

Entonces escuchó el llanto. El chillido nervioso y agudo de un bebé que venía al mundo cubierto de sangre y de forma imprevista. El sollozo desesperado de aquel pequeño que agitaba los brazos en busca del calor materno, de protección, de alimento.

« La vida », pensó Paula. Así era « la vida » .

Unos llegaban, y otros se marchaban. Era la clave para que todo continuase girando. La clave para que el mundo nunca se detuviera y todo tuviese un sentido real.

Miró hacia el ventanal del vagón. La oscuridad se iba disipando y poco a poco el sol conseguía filtrarse entre los nubarrones para teñir de colores y de luz el universo.

La locomotora disminuyó la intensidad y poco a poco se fue frenando. Llegaban a una estación y, por fin, la pesadilla alcanzaba su final. Bajó la vista hacia Danielle, que apretaba con fuerza el cuerpo caliente y pegajoso de su bebé contra su pecho. Paula todavía estaba junto a ellos, sentada, con una sonrisa absurda anclada en el rostro.

Fue consciente de que aquel trayecto en locomotora la había cambiado para siempre y que, una vez descendiera del tren, no volvería a ser la misma chica jamás. Ya no era la misma Paula Brown que se había subido en el ferrocarril.

—Es preciosa, Danielle... —murmuró la chica, casi sin voz.

Observó al bebé y sintió que algo se removía en su interior. Un instintito que creía dormido —o, mejor dicho, que ni siquiera creía tener—. Un instinto maternal que la hizo suspirar de amor.

Unos instantes más tarde, la locomotora se detuvo. Levantó la cabeza y se encontró a Sam cubierto de sangre, pero con una sonrisa intensa que alcanzaba sus ojos grises con orgullo.

—Te dije que saldríamos de esta —murmuró sin borrar la sonrisa.

Paula asintió.

Unos minutos más tarde, los equipos sanitarios venían a llevarse a Danielle mientras la policía arrestaba a Jackson. Las horas transcurrían y los pasajeros, ya agotados y cansados, aguardaban el instante de prestar declaración con un único objetivo: abandonar aquel tren cuanto antes.

La joven escritora no lo sabía entonces, pero unas horas más tarde los telediarios se harían eco de la noticia y anunciarían el suceso con el titular de «El trágico y lamentable secuestro del Bluebell Railway». Ella se quedaría mirando la pantalla y pensaría, sin decir nada, que aquel viaje no había sido ni trágico, ni lamentable.

Había sido un aprendizaje. Había sido una inspiración.

Caminó hacia la camilla en la que acomodaban a Danielle para trasladarla, junto con su bebé, hasta el hospital más cercano. Paula se agachó sobre ella y la besó con suavidad y cariño la frente. No se le ocurría otra forma mejor de despedirse de ella.

—Te prometo que tu secreto siempre estará a salvo conmigo —susurró en su oído.

Ella levantó la mirada, desconcertada. Y en ese instante, las dos comprendieron que compartían mucho más que un viaje en tren. Ambas fueron conscientes de que las dos conocían *la verdad de todo*.

Se quedó mirando cómo los sanitarios se la llevaban. Pegó el rostro a la ventana. La punta de su nariz rozó con suavidad el frío cristal y el contraste de temperatura le hizo sentir un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza. En el interior del tren hacía calor, aunque intuía que en el exterior la temperatura a duras penas llegaría a los cinco grados centígrados. Cogió aire profundamente mientras sentía que una presencia se aproximaba a ella.

Se giró. Era Sam. Su sexy y guapo Sam.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Paula apretó los labios y asintió. Se dio cuenta, en ese instante, de que no quedaba ningún rastro

de la neblina blanca que durante meses había inundado su mente, enmudeciendo a todas aquellas voces que le contaban historias.

No, ya no estaba. Ahora podía escuchar a todos sus personajes y podía sentirlos cerca de ella, muy cerca.

—Estoy muy bien —respondió con sinceridad, aunque al hacerlo se dio cuenta de que su voz sonaba apagada y débil.

Estaba cansada.

Sin duda, había sido una noche muy larga. Muy intensa.

Sam estaba a punto de decirle algo cuando, de pronto, la policía irrumpió en la escena. Estaban a muy pocos minutos de levantar el cadáver del guaperillas —Paula seguía sin saber cómo se llamaba aquel tipo—, y tenían que marcharse de aquel vagón y esperar en su correspondiente cabina hasta que alguien acudiera a tomarles declaración.

Obedecieron en el acto y se le levantaron. Mientras recorrían el pasillo, Paula se fijó en que la gente que esperaba en sus compartimientos no había cerrado las puertas correderas. Imaginó que no querían sentirse encerrados. Que no querían volver a ser prisioneros.

La mente humana funcionaba así. Era extraña. Pasaron por delante de la mujer pelirroja del crucifijo. Seguía aferrándolo con fuerza mientras continuaba murmurando sus oraciones. También dejaron atrás a la familia, cuyos hijos habían dejado de correr armando barullo y se encontraban quietos, inmóviles, esperando pacientemente en los asientos de la cabina.

En general, el ambiente que se respiraba era triste. Sombrío y gris.

Sam rozó el brazo de la chica con delicadeza. Lo hizo sin ninguna intención, pero aquel leve contacto piel con piel despertó un millar de cosquilleos en las extremidades de la joven.

—Todo ha terminado —murmuró él, adentrándose en la cabina que les correspondía según la enumeración de sus billetes.

Entonces, ¿por qué ella tenía la sensación de que, en aquel instante, todo comenzaba de nuevo? ¿Por qué se sentía así? Le miró fijamente y pudo distinguir en su rostro en el reflejo de su mirada.

—¿Estás bien? —repitió, una vez más.

Era la segunda vez que le hacía esa pregunta en los últimos minutos. Paula sopesó la respuesta unos segundos hasta que, finalmente, pensó que actuar siempre resultaba más expresivo que explicar y se lanzó a sus labios. Los presionó con fuerza, empujándole contra el asiento mientras

intentaba dejar todo el ruido de su cabeza atrás. Mientras intentaba, por unos momentos, que aquella locomotora desapareciera y que aquel trayecto tuviera el sentido real que ella intentaba darle. Acarició su rostro, deslizando la yema de su dedo índice por la barba del policía. Podía sentir esos nervios, esas ganas, ese deseo. Era mutuo. Sus lenguas se encontraron en un baile coordinado que ya conocían mientras sus cuerpos intentaban encajar el uno con el otro. Sam cerró la puerta del compartimento con el pie. Sabía que aquello era una despedida y que, después de aquel breve e intenso encuentro, Paula y él no volverían a verse.

Sabía que aquellos besos entre suspiros significaban un « adiós para siempre ». La ropa fue cayendo al suelo con lentitud. Él colocó la mano en su cadera y ella se deshizo de su cinturón. Ambos respiraban con dificultad, excitados. Paula sentía tanto deseo que ni siquiera podía controlar sus propios movimientos. Se guiaba por impulsos, por necesidades. Tenía la clara convicción de que, si le contaba aquello a Roger Hawkins, también la derivaría al psiquiatra sin pensárselo dos veces. ¿Cómo tendría que sentirse? ¿En shock? ¿Asustada? Cualquier sentimiento sería más normal que la excitación, seguro.

Él se hundió en su interior y ella cerró los ojos, rindiéndose al placer. A Sam. A su guapo policía de ojos grises que la había cautivado con aquella triste y misteriosa mirada. Notó cómo la llenaba, cómo la embriagaba. Le mordió el labio inferior y ahogó un grito de placer mientras rodeaba el cuerpo del policía con sus piernas. Ella en sus brazos, aúpas, apoyada en la pared mientras él continuaba entrando y saliendo con intensidad. Solamente necesitaba unos minutos más... Solamente necesitaba que todo fuera eso: un instinto animal, salvaje, puro e irracional. Que todo tuviera sentido porque nada dejaba de tenerlo. Lo apretaba con tanta fuerza contra ella, que dolía. Pero era un dolor placentero, un dolor... excitante. Tenía tantas ganas de gritar que se tapó la boca a sí misma, mordiéndose el labio hasta hacerse sangre. El sabor metálico inundó su paladar en el mismo momento en el que el orgasmo la atravesaba, haciéndola temblar. Vibrar. Su cuerpo se contrajo y sintió que a Sam le pasaba lo mismo. Y entonces, la soltó.

Se sentaron el uno junto al otro, ambos procurando recuperar el ritmo normal de sus pulsaciones. Acababan de terminar de vestirse y aún no habían sido capaces de pronunciar una sola palabra en voz alta cuando la puerta del compartimento se abrió y el inspector a cargo del suceso apareció al otro lado. Les comunicó que, dado que ambos se habían identificado, podían marcharse a donde quisieran hasta que la policía les contactase para tomarles una declaración oficial.

Ambos asintieron, también en silencio, y comenzaron a recoger sus pertenencias.

Paula cogió su maleta y el maletín de su portátil. Sentía el peso del ordenador y de la historia que Jackson la había obligado a comenzar a escribir. Esa misma historia que anhelaba continuar. Esa historia con la que tanto se había obsesionado.

Los dos se miraron fijamente. Había llegado el momento de la despedida: del adiós. El momento de decirlo todo sin decirse nada.

Paula sonrió. No se le ocurría una mejor forma de terminar aquel viaje en locomotora que con una sonrisa. Y Sam le devolvió el gesto.

—¿Nos vamos a volver a ver? —inquirió el chico sin apartar esa mirada intensa de la joven.

La escritora se encogió de hombros, sin saber qué decir.

—Puede que algún día —respondió al cabo de unos minutos, justo antes de echar a caminar por el pasillo.

Sentía cada paso que daba como un esfuerzo sobrenatural. Le dolía todo el cuerpo y estaba mareada, pero no se detuvo. Salió al exterior. El sol golpeó su rostro y achinó su mirada.

Y entonces estuvo cien por cien segura de ello: *todo acababa de volver a comenzar*.

EPÍLOGO

Paula se quedó observando el centro psiquiátrico desde el exterior. No parecía, en absoluto, un mal lugar en el que vivir. Aunque por desgracia, sabía que Jackson no contaba con los mismos privilegios que el resto de los pacientes que residían en aquel lugar. Él estaba cumpliendo penitencia por sus actos y se encontraba aislado del resto, en un pabellón alejado de todo y de todos. Aun así, se dijo a sí misma que aquel sitio era mil veces mejor que una cárcel al uso, de las que se veían en los noticiarios del mediodía en el televisor.

Durante aquellas últimas semanas, la joven había escuchado muchas historias sobre su secuestrador. Los periódicos se habían hecho eco de la tragedia que había tenido lugar en el Bluebell Railway y todos habían comentado la espeluznante historia de Jackson Smith y su intento fallido de suicidio. La gente se había llevado las manos a la cabeza mientras los morbosos presentadores de televisión explicaban cómo el hombre se había insertado a sí mismo un cuchillo en su pecho, golpe tras golpe, intentando terminar con su vida tras el fallecimiento de su esposa. «Debían de haberlo visto venir, ese hombre estaba muy mal», había dicho algún imbécil al que la presentadora del programa de moda había entrevistado por la calle. La operación para sacarle el cuchillo fue aún más espeluznante que la propia historia en sí: según los periódicos, el médico de guardia había tenido que reanimar a Jackson diecisiete veces. Diecisiete veces en las que la muerte lo había intentado atrapar, y diecisiete veces en las que él había conseguido huir de ella.

Jackson no debía morir aquel día por una simple razón: al igual que todos los seres humanos, él también tenía un propósito. El simple, puro e inocente propósito de devolverle a Paula el recuerdo de su difunta madre. El propósito de salvar a Danielle de su agresor. El propósito de que todas las piezas de aquel puzle encajasen perfectamente, con sentido y coherencia.

La joven escritora apretó el manuscrito contra su pecho. Lo había terminado. Caminó hasta la recepción y se presentó de forma escueta. Había concertado aquella entrevista con Jackson con días de antelación, así que el personal ya estaba advertido de su llegada. Le colgaron un pase acreditativo al cuello y le indicaron que podía pasar a la sala de espera en la que se reuniría con él.

Paula estaba nerviosa. Estaba a punto de volver a ver al «psicótico», a pesar de que hacía mucho tiempo que había dejado de verle como tal. Solamente era un pobre hombre enfermo que

había sufrido demasiado en su vida.

Un hombre al que, al igual que a ella, la enfermedad le había arrebatado mucho. Muchísimo. Mientras le esperaba con impaciencia, volvió a pensar en lo mucho que se parecían y tenían en común. Resultaba curioso, porque según los periódicos, ella era la víctima y él el agresor.

Le hubiera encantado explicarle al mundo entero que él la había salvado.

Jackson, rodeado por dos vigilantes, pasó a la sala donde la joven le estaba esperando. Paula se fijó en su mal aspecto y sintió lástima por él. Se prometió a sí misma que, de ahí en adelante, acudiría con frecuencia a visitarle.

—¿Qué tal? —murmuró a modo de saludo.

Iba vestido con un pijama blanco que resaltaba el azul de sus diminutos ojos. Su mirada ya no estaba inyectada en sangre, pero seguía sin transmitir paz. La joven imaginó que la verdadera prisión de aquel hombre seguía estando en su interior.

—Te he traído esto para ella —murmuró en voz baja, justo antes de deslizar el cuaderno en su dirección—. La he terminado. Espero que le guste.

Y, entonces, sonrió. Jackson Smith sonrió.

—Gracias —respondió en voz baja, casi en un susurro.

Se quedaron mirándose un buen rato. Minutos. Tal vez, incluso, una hora. Ninguno de los dos tenía mucho que decir, pero querían seguir compartiendo aquel extraño espacio. La locomotora los había unido, conectado. Y la vida ya no volvería a ser igual para ninguno de los dos.

—Si hablas con Ana —dijo la joven a modo de despedida, justo mientras se levantaba del asiento—, dale las gracias por devolverme a mi madre. La echaba de menos.

Al decir eso último, desvió la mirada hacia la encuadernación que Jackson había dejado descansando en su regazo.

—Se lo diré esta noche.

Ella le dedicó una última sonrisa y él...

Él se la devolvió.

A veces, uno podía encontrar la más maravillosa de las libertades en el interior de su propia locura.

NOTA DE LA AUTORA

Voy a comenzar esta nota aclarando que, aunque me inspiro en la vida real, todos los acontecimientos de esta historia son producto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

También aclaro, porque sé que me lo vais a preguntar mucho, que el hecho de compartir con nuestra protagonista algunas características, no la convierte en un personaje inspirado en mí. Además, los terapeutas no me caen mal. Soy la primera que considero que pedir ayuda es de sabios y que la salud mental hay que cuidarla y mimarla tanto como la salud física.

Ahora sí, aprovecho este pequeño espacio que se me concede para dar las gracias a todas aquellas personas que confían en mí. Ana, Vane, Cipri, gracias por ser las mejores. Nunca dudáis de mis capacidades y siempre estáis ahí para hacerme creer en mí misma incluso cuando yo titubeo.

Y gracias a ti también, lector o lectora, por concederle una oportunidad a este viaje en ferrocarril y por disfrutar conmigo de esta aventura. Que tú la leas, la hace libre.

Estaré encantada de recibir tu opinión en los comentarios de Amazon o a través de las redes sociales.



SOBRE LA AUTORA

“Christian Martins” y “Búho” son los seudónimos de la autora vizcaína Haizea López. Esta joven de veintiocho años lleva publicando más de una década. Cuenta con más de ochenta novelas en el mercado, la gran mayoría best sellers nacionales, y tiene varios premios literarios a su espalda.

Se describe a sí misma como una persona soñadora con una imaginación hiperactiva, que nunca para quieta y que siempre tiene historias que contar. Le encanta el chocolate, el buen vino, la novela negra y las historias de amor que te hacen vibrar.

Puedes encontrar en IG como [@haizealopezoficial](#) si quieres seguir sus andanzas literarias y compartir con ella sus procesos creativos.

